

## **Norma Huidobro**

Nació en Lanús, provincia de Buenos Aires, en 1949. Es egresada de la carrera de Letras por la Universidad de Buenos Aires. Dictó clases de Lengua y Literatura en colegios secundarios y coordinó talleres literarios. Actualmente se desempeña como asesora literaria. Ha publicado *Octubre un crimen*, *El misterio del mayordomo*, *El misterio de la casa verde*, *El sospechoso viste de negro*, *Sopa de diamantes* y, en esta misma colección, *¿Quién conoce a Greta Garbo?*

**ZONA  
LIBRE**

# **La tercera puerta**

**NORMA HUIDOBRO**

**GRUPO  
EDITORIAL  
norma**

Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,  
Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José, San Juan,  
San Salvador, Santiago de Chile, Santo Domingo

[www.norma.com](http://www.norma.com)

Huidobro, Norma  
La tercera puerta - 1a ed. - Buenos Aires :  
Grupo Editorial Norma, 2009.  
168 p. : 21x14 cm (Zona Libre)

ISBN 978-987-545-564-1

1. Literatura Juvenil Argentina. I. Título  
CDD A863.928 5

© Norma Huidobro, 2009  
© Grupo Editorial Norma, 2009  
San José 831, Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra  
sin permiso escrito de la editorial.

Primera edición: septiembre de 2009  
Quinta reimpresión: junio de 2012  
Impreso por Primera Clase Impresores, California 1251,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina.

Impreso en la Argentina - *Printed in Argentina*

Edición: Natalia Méndez y Cecilia Espósito  
Diagramación: Hernán Vargas  
Diseño de tapa: Marcela Dato

CC: 28001844  
ISBN: 978-987-545-564-1

## ÍNDICE

Primera parte. Una chica de Tapalqué	5
I	7
II	15
III	23
IV	33
V	39
VI	45
VII	49
VIII	53
IX	57
Segunda parte. Dice Dora	63
Tercera parte. Diego y Leo	75
I	77
II	81
III	85
IV	87

V	91
VI	95
VII	99
VIII	101
IX	107
X	109
XI	111
XII	115
XIII	119
XIV	121
XV	125
XVI	129

Cuarta parte. No hay dos sin tres o La tercera es la vencida	133
I	135
II	139
III	143
IV	149
V	155
VI	161
VII	165

## **PRIMERA PARTE**

### **UNA CHICA DE TAPALQUÉ**

Mientras estuve trabajando en la casa del señor Nicanor Buitrago, durante casi tres años, solamente dos veces oí el ruido del ascensor. La primera vez fue al poco tiempo de haber llegado. Yo dormía mal por las noches; me despertaba muchas veces y me costaba volver a dormir. Eso fue hasta que me habitué a la casa y poco a poco fui tomando confianza. A lo mejor extrañaba a mi mamá, aunque me cueste admitirlo. No sé. Esa noche debo haber dormido una o dos horas, nomás. El ruido no me despertó porque yo ya estaba despierta, pero sí me sobresaltó. Y me dio un

poco de miedo. No se oía muy fuerte; era un ruido apagado, pero inconfundible.

Si yo no hubiera sabido que el ascensor jamás se usaba, no tendría por qué haberme asustado. Simplemente podría haber pensado que el señor Buitrago o la señora Alejandra subían a sus dormitorios. Pero una de las primeras cosas que me dijeron cuando llegué a la casa fue que el ascensor no se usaba. A mí me parecía raro que una casa de dos plantas tuviera ascensor. ¿Para subir un piso, tanta historia?

–Ni se te ocurra usar el ascensor –me dijo Dora el primer día, mientras me mostraba la casa–. Es peligroso. Antes venía el técnico de vez en cuando y lo revisaba, pero desde que murió la mamá del señor, no lo llamamos más. Total, no lo usa nadie.

–¿Y qué sentido tiene un ascensor en una casa donde hay que subir un solo piso? –pregunté.

–El señor lo hizo instalar cuando se enfermó su mamá porque el médico le había prohibido subir por la escalera. Después que falleció la señora, nadie más volvió a usarlo. Y ahí quedó... de adorno, digamos –me explicó Dora.

De afuera, lo único que se veía era una puerta de madera toda labrada, que hacía juego con las demás puertas y ventanas de la casa, porque el señor Nicanor Buitrago, que es dueño de una galería de arte, sabe mucho de cuadros y decoración y es un hombre muy elegante. Esto también me lo dijo Dora el primer día, pero igual yo me di cuenta apenas lo vi, esa misma tarde, cuando volvió de la galería. A la elegancia me

refiero. Me impresionó. No es que nunca hubiera visto a un hombre elegante; alguno debo haber visto, no me acuerdo. Lo que pasa es que en Tapalqué no es muy frecuente ver a alguien así. No digo que en Tapalqué no haya hombres elegantes. Seguramente habrá, como en cualquier parte, pero mucho no se nota. Lo que quiero decir es que la elegancia del señor Buitrago era realmente deslumbrante. Alto, delgado, con traje y corbata, camisa impecable, pelo canoso, gestos varoniles y a la vez delicados. Me dio la mano y sonrió, con una sonrisa también elegante.

–Mucho gusto y bienvenida. Quiero que se sienta como en su casa –me dijo.

No, por favor, pensé yo. Como en mi casa, no. Pero, bueno, él no tenía por qué saber. Igual, le agradecí el buen deseo. Un perfume agradable y apenas perceptible me llegó con el apretón de manos. Después volví a la cocina y no lo vi más hasta la mañana siguiente, mientras levantaba las tazas del desayuno de la mesa del comedor y él salía para la galería, otra vez impecable y oliendo a perfume un poco más que la noche anterior. Me dijo “Buenos días, Lucía”, y me gustó que recordara mi nombre. Pensé que solamente una persona tan elegante como el señor Buitrago podía recordar el nombre de alguien como yo, apenas una chica de Tapalqué, que recién empezaba a trabajar en su casa.

A la señora Alejandra la conocí una semana después. Había viajado a Nueva York por la venta de un cuadro. Ella también trabajaba en la galería. Era elegante únicamente para vestir, porque si hablamos de modales... A

mí me ignoró siempre. Hablaba con Dora solamente y nada más que para pedirle cosas o retarla cuando algo no le gustaba. Dora no la quería nada. Decía que el señor Buitrago se merecía una mujer mucho mejor que la señora Alejandra. "Si yo te contara...", decía cada vez que hablábamos de ella. Pero nunca me contaba y yo me imaginaba historias de infidelidades estilo telenovela, aunque no sabía si Dora se refería a eso o a otras cosas. De todos modos, cuando la señora Alejandra abandonó al señor Buitrago yo confirmé mis sospechas y creí entender la frase inconclusa de Dora.

En la planta alta había una puerta exactamente igual a la de abajo; a la puerta del ascensor me refiero, y lo único que hacía yo era pasarles el plumero todos los días, tal como me había dicho Dora. Pero una vez por mes, Dora y yo hacíamos una limpieza bien profunda en toda la casa; entonces sí, abríamos la puerta de abajo y le pasábamos un trapo húmedo al piso de goma del ascensor, el plumero a las paredes y un trapo con limpiavidrios al espejo. Eso era todo. El ascensor siempre estaba en la planta baja y esa era la única puerta que abríamos.

Cuando la señora Alejandra se fue, le dejó una nota al señor Buitrago en la biblioteca. La encontró Dora.

–Si será desfachatada –me dijo en la cocina, con la nota en la mano–. La dejó ahí, a propósito, para que nosotras la viéramos primero que el señor. No tiene vergüenza.

Eso fue un sábado a la mañana, bien temprano. Los sábados y domingos, el señor Buitrago se levantaba bastante tarde, por eso Dora tuvo tiempo de llevar la

nota a la cocina, mostrármela, comentarla, criticar a la señora y volver a dejarla en la biblioteca, sobre el escritorio, en el mismo lugar donde la había encontrado. Dora es muy cuidadosa.

La nota era breve e innecesariamente cruel. Con pocas y precisas palabras, la señora le decía a su marido que se iba con alguien que la amaba y que había despertado en ella antiguas emociones que creía perdidas para siempre. "Ojalá encuentres una mujer que te haga feliz", era la frase de despedida.

–Es una atorranta. Pobre señor –repitió Dora, varias veces, mientras preparaba el desayuno.

A eso de las once, el señor Buitrago, recién bañado y envuelto en su bata de seda, levantó el diario de la mesa del comedor (donde lo había dejado Dora, como todos los días), entreabrió la puerta de la cocina y dijo:

–Buenos días. Por favor, Dora, ya puede servirme el desayuno. Gracias.

Y fue a la biblioteca, donde acostumbraba desayunar todos los sábados, mientras leía el diario y revisaba su correo electrónico.

Murmurando "atorranta, atorranta", Dora entró a la biblioteca con la bandeja del desayuno, mientras el señor Buitrago, sentado frente a su escritorio, leía la carta. Al reparar en Dora, la dobló en dos y la dejó a un costado, como si ella, con solo verla pudiera adivinar el contenido. Claro que no tenía nada que adivinar, porque ya la había leído; pero eso el señor Buitrago no lo sabía. Igual, la pobre Dora se puso colorada como un tomate. Seguro que el señor no se dio cuenta, tan

preocupado y dolorido que estaba por culpa de la señora Alejandra.

–Atorranta –dijo, después, bien fuerte, cuando volvió a la cocina–. Ojalá que no aparezca más, así el señor puede encontrar una mujer buena y decente como él.

Ese día me quedó grabado. No solo porque se fue la señora Alejandra y Dora, a pesar de la tristeza del señor, decidió festejarlo con una copita de oportó antes del almuerzo, sino porque la noche anterior, mejor dicho, la madrugada de ese día, fue cuando oí el ruido del ascensor por primera vez. Se lo conté a Dora, pero ella, aunque su habitación está pegada a la mía, no oyó absolutamente nada.

Me quedé pensando y se me ocurrió que la señora Alejandra había bajado en el ascensor a causa de las valijas. Seguramente no le habría resultado nada fácil arrastrarlas por la escalera. Aunque no sé, porque si bien ella y el señor dormían en habitaciones separadas, lo que le permitía irse sin que él se despertara, ¿para qué arriesgarse a despertarlo con el ruido del ascensor? Finalmente llegué a la conclusión de que el señor Buitrago tenía el sueño tan pesado como Dora y que su esposa lo sabía muy bien y por eso se había arriesgado.

El lunes, cuando estaba por irse a trabajar, el señor Buitrago nos comunicó que la señora se había ido de la casa y que ya no volvería.

–No fue una decisión tan repentina –dijo–. Hacía tiempo que lo venía pensando.

Se lo veía tan desvalido, un poco avergonzado, me pareció, como si se sintiera responsable de la conducta

de su mujer. Yo no dije nada (¿qué iba a decir?), pero Dora, con los ojos bajos, murmuró un “Muy bien, señor” y nada más. La miré de reojo. Estaba coloradísima.

–Bueno –dijo él justo antes de cerrar la puerta de calle–, ahora van a tener menos trabajo.

Se fue a la galería de arte y nunca más volvió a hablar del asunto. Dora siguió repitiendo “atorranta” durante unos cuantos días, mientras preparaba la cena o cargaba el lavarropas, hasta que finalmente dejó de decirlo.

## II

Fue un domingo cuando al señor Buitrago se le ocurrió lo de la bodega. Justo una semana y un día después de la partida de la señora Alejandra.

Los domingos Dora y yo lo pasábamos fuera de casa; era nuestro día de salida. Dora también tenía la tarde del sábado. Yo no, porque como me daban permiso para ir a la escuela nocturna, habíamos arreglado de entrada que el sábado no salía.

El sábado Dora se iba a lo de la hermana, pero a la noche volvía a dormir a casa porque decía que así se sentía más cómoda. El domingo nos levantábamos temprano y



salíamos las dos juntas, ella otra vez a lo de su hermana y yo a la casa de mis tíos.

Al principio, cuando llegué a Buenos Aires, casi no me movía de Barracas. Toda mi actividad la tenía en el barrio. La casa del señor Buitrago queda sobre la calle Herrera, frente a la plaza Larrea; la panadería de mis tíos (y su casa, porque viven en el piso de arriba), a cuatro cuadras, nomás, en la avenida Montes de Oca, y la escuela nocturna a la que voy con mi primo Diego también está cerca, sobre la misma avenida. Con el tiempo, empecé a salir más. Me gusta ir al cine, al teatro, a los museos, a escuchar música o simplemente a caminar y conocer otros barrios. En Buenos Aires hay tantos lugares donde ir. A veces salgo con Leo y Diego, y siempre terminamos comiendo pizza en Los Campeones. Leo es amigo de mi primo y también va a la nocturna, pero está un año más adelantado que nosotros. Diego podría estar con él porque tienen la misma edad, pero es tan vago. Un caso, Diego. Repetidor, por eso mis tíos lo engancharon en la nocturna conmigo. Ahora le va bastante bien. Yo lo hago estudiar. Por suerte, me hace caso. Mis tíos y Diego son casi mi única familia. Y Dora, también. Dora es amiga de mis tíos; por ella entré a trabajar en la casa del señor Buitrago. Y Leo, claro. Leo es..., bueno, es especial. Aclaro que dije "casi mi única familia" porque también tengo a mi mamá. Aunque "tengo" es una manera de decir, porque creo que si no la tuviera sería exactamente lo mismo. Pero, bueno, mi mamá no tiene nada que ver con todo esto y yo no quería hablar de

ella, sino de la bodega. Aquel domingo que Dora y yo volvimos a la casa, encontramos al señor Buitrago muy animado. Mientras Dora le preparaba la cena, entró a la cocina y nos dijo:

–Dora, Lucía, quiero contarles un proyecto que se me ocurrió esta mañana. Voy a hacer una bodega en el sótano. El albañil empezará a trabajar esta misma semana.

Dora se alegró.

–Es lo que necesitaba –me dijo, cuando el señor salió de la cocina–. Una ocupación en la casa, así no se acuerda de la atorranta.

Y para festejar, se sirvió una copita de oporto.

Yo también me alegré. Me daba no sé qué verlo triste, dando vueltas por las habitaciones por culpa de una mujer que, después de todo, lo había abandonado y que ahora, como decía Dora, andaría por ahí revolcándose vaya a saber con quién.

–Además, me parece bien que ordene un poco ese sótano. Está lleno de porquerías. Todo lo que no sirve va a parar ahí –siguió Dora.

Después me enteré de que las porquerías eran cuadros y marcos que el señor Buitrago traía de la galería, aparte de otras cosas que la gente que vive en casas grandes acostumbra a guardar pensando que en algún momento las van a vender o regalar y que, al final, para lo único que sirven es para ocupar lugar, como un *freezer* viejo que habían cambiado el año anterior, las sillas de la cocina, que estaban nuevas, pero a la señora Alejandra no le gustaban, y cosas así. El lunes, el señor no fue a trabajar y se pasó toda la mañana

sacando los marcos y los cuadros del sótano y cargando una camioneta que se llevó todo al depósito de la galería. El martes, a eso de las once y media, apareció el albañil.

–Es una persona de confianza –nos dijo el señor, esa misma mañana, antes de irse–. Hizo muchos trabajos en la galería. Lo conozco bien. Ustedes no se preocupen por nada. Ahora me voy a encontrar con él para darle las llaves del sótano y de la verja, así puede entrar directamente, sin tocar el timbre. Ustedes no se preocupen –repitió.

A Dora no le gustó eso de tener a un extraño trabajando en la casa mientras el señor Buitrago no estaba. Pero como él insistió en que era una persona de confianza, no pudo decir nada. Creo que lo que no le gustó fue que el señor le diera las llaves. Yo no lo vi mal. Después de todo, el señor lo conocía bien. Además, el sótano tenía una entrada independiente por el jardín. O sea que a la casa no iba a entrar.

A eso de las once y media oímos los primeros golpes. A la una se dejaron de oír. Dora espió por la ventana de la cocina, por si lo veía salir para almorzar, pero no. Se ve que se llevó el almuerzo y comió en el sótano. Antes de las dos, empezó a golpear otra vez.

El señor Buitrago nos había explicado que, para hacer bien la bodega, había que agrandar un poco el sótano volteando parte de una pared divisoria que, en realidad, no servía para nada. Y el albañil golpeó tanto que en un momento Dora tuvo miedo de que se nos cayera la casa encima. A medida que avanzaba la tarde, los golpes se

fueron oyendo cada vez menos, hasta que a las seis, que es la hora en que salgo para el colegio, el albañil se fue. Diego, que pasaba a buscarme todos los días, lo vio bien. Yo apenas lo vi de atrás, cuando doblaba la esquina.

–¿Quién es ese chabón que salió recién? –me preguntó.

–Debe ser el albañil. Está trabajando en el sótano.

–Es un aparato. Parecía el jorobado de Nostradamus.

–El jorobado de Notre Dame, querrás decir.

–Es lo mismo. Vos me entendés. Tenía una joroba en el hombro.

–¿No sería en la espalda?

–Bueno, en la espalda, pero a un costado. El otro hombro lo tenía caído. Y además era rengo. ¿De dónde lo sacó tu jefe?

–Dijo que lo conocía de la galería de arte y que era de mucha confianza.

–Bueno, si él lo dice... Lo que es yo, lo veo entrar a mi casa y salgo corriendo, y no solamente por la joroba y la rengueada.

–Renguera.

–Está bien, renguera. Hay algo más que no te dije...

–Era todo verde y cubierto de escamas.

–No. Eh... Tenía... No me vas a creer.

–Dale, Diego...

–Bueno, está bien. ¡Tenía colmillos de vampiro!

A Diego no se le puede creer todo lo que cuenta. Siempre agrega algo, exagera o adorna la información como a él se le ocurre. Decidí creerle a medias, sin contar lo de los colmillos, por supuesto.

Al día siguiente me tocaba planchar. Dora no plancha; no le gusta. El día que llegué, me lo dijo clarito:

–Vas a tener que planchar. De la cocina y el lavarropas me encargo yo, quedate tranquila. Pero el planchado es todo tuyo.

A mí me gusta planchar. Es una tarea tranquila. Mientras plancho, escucho música, pienso, repaso lo que estudié, miro por la ventana. El cuarto de planchado está al lado de la cocina y tiene una ventana que da al jardín. Serían más o menos las once. Me había olvidado por completo del albañil. Dora estaba arriba, limpiando los dormitorios. La radio estaba apagada. Yo me contaba a mí misma, mentalmente, todo *Don Segundo Sombra*, que había terminado de leer el fin de semana y que esa misma noche nos iban a tomar en una prueba; iba más o menos por la mitad, cuando me sorprendió el ruido de la llave en la puerta del jardín. Es un ruido metálico, bien fuerte, que se oye perfectamente desde la casa. Levanté la cabeza y lo vi. Pensé en Diego y me prometí no volver a desconfiar de lo que me dijera.

Un hombre encorvado entraba al jardín. Rengueaba y caminaba mirando el piso. En un momento alzó apenas la cabeza y pude distinguir sus dientes de conejo, el labio superior levantado, el mentón prominente. Llevaba una gorra y por debajo le asomaban mechones crespos de pelo oscuro. Tenía un pantalón de corderoy marrón, uno o dos talles más grandes de lo necesario y un saco a cuadros, largo y también holgado, seguramente a causa de la joroba. Se volvió para

cerrar la verja y después avanzó hacia el jardín. Sus movimientos no eran lentos, a pesar de la renguera. Lo vi desaparecer a mi izquierda, y enseguida oí el ruido de la llave en la puerta del sótano.

Después, mientras almorzaba en la cocina con Dora, se oyeron algunos golpes de martillo que se prolongaron el resto de la tarde, pero esporádicamente; y eso fue todo. A las seis, cuando vino Diego a buscarme, todavía se oían algunos golpes. A la noche, Dora me contó que el señor Buitrago le había dicho que faltaba poco para que el albañil terminara el trabajo. Y así fue. El viernes terminó todo y no vino más. Quedaron pendientes algunos detalles de pintura de los que se encargó el señor Buitrago el domingo, porque el albañil andaba muy ocupado y no iba a poder venir en toda la semana.

–Falta apenas una manito de pintura en una pared –nos dijo el sábado, después de haber bajado al sótano para inspeccionar la obra–. Mañana la pinto yo. No vale la pena esperar una semana hasta que Benito se desocupe y pueda venir.

Así nos enteramos Dora y yo de que el albañil se llamaba Benito. Era la primera vez que el señor Buitrago mencionaba su nombre.

### III

La bodega fue una gran ocupación para el señor Buitrago. Se lo veía entretenido, interesado. Compraba muchas botellas de vino y se pasaba horas acomodándolas y haciendo un catálogo con fechas, marcas y no sé qué más. Los viernes a la noche invitaba amigos a comer y se lucía con sus vinos. Así, con el tiempo, se olvidó por completo de la señora Alejandra.

Además de amigos, a las cenas de los viernes también venían amigas. Una noche, una de esas amigas se quedó a dormir. Y una semana después, ya estaba instalada en la habitación de la señora Alejandra.

La señora Beatriz era coleccionista de cuadros y trajo muchísimos a la casa, que después llevaban a la galería para exponerlos. El señor Buitrago decía que eran cuadros excelentes y que había que mostrarlos y no tenerlos guardados bajo llave.

A mí me gustaba la señora Beatriz. Creo que decir que era simpática sería una exageración, pero al menos no era tan odiosa como la señora Alejandra. A Dora, en cambio, no le gustaba nada. Decía que era falsa y malvada, y también desordenada, que para Dora es un defecto terrible. Yo creo que exageraba. Lo importante era que al señor Buitrago se lo veía feliz. Se lo dije a Dora, una mañana en que se la pasó protestando porque la señora había dejado una montaña de ropa sucia en el piso del dormitorio.

–El señor está contento, Dora, no rezongues tanto.

–¿Cómo va a estar contento con una mujer así? Justo él que es el orden personificado.

–Mientras no le desacomode su habitación, no hay problema. Ella en la suya puede hacer lo que quiera.

–Claro, total después vamos nosotras y limpiamos toda la mugre. Para mí, esta relación no tiene futuro –sentenció Dora.

Para todo esto, el señor Buitrago estaba enamorado de la señora Beatriz. Y había que ver cómo se le notaba; en la mirada, más que nada. Y eso que ella no era ninguna belleza, y hasta creo que tenía unos años más que él. Pero yo sé que en cuestiones de amor eso no tiene importancia. Tampoco quiero decir que la señora Beatriz fuera horrible, no. Era una mujer con un atractivo... maduro,

digamos. Después de todo, el señor Buitrago también era un hombre maduro, así que hacían buena pareja. Lo que pasa es que esa manera que tenía de mirarla me parecía propia de un adolescente y no de un hombre grande. Yo no lo veía mal, pero Dora se lo pasaba criticándolo.

–No lo puedo ver así –se quejaba–. Un hombre como él mirando a una mujer con cara de pajarón. Ni que tuviera quince años.

O, si no:

–No sé qué le vio. Si es más vieja que él y, además, repugnante.

Una tarde le conté a Diego y me dijo algo que me hizo reír.

–Dora está celosa.

–¿Celosa? ¿Por qué? –le pregunté.

–¿No te das cuenta? Está enamorada del jefe. ¿No ves que ninguna mina le viene bien?

Me quedé pensando. No es que le creyera a Diego, pero no sé... ¿Y si tenía razón? Ahora, cada vez que Dora criticaba a la señora Beatriz, yo no podía dejar de pensar en lo que me había dicho mi primo.

Un día, la señora recibió una invitación para asistir a una convención muy importante de coleccionistas de pinturas, en Salta. Estaba radiante de felicidad. Era la primera vez que la invitaban a participar de algún acontecimiento por el estilo.

–Esto te lo debo a vos –escuché que le decía al señor Buitrago, a la noche, mientras esperaban en el living que la cena estuviera lista–. A mí, jamás se me hubiera ocurrido exponer los cuadros.

–Es una forma de darte a conocer –le contestó él–. Ahora saben quién sos. Por eso te invitan.

Yo estaba poniendo la mesa en el comedor y escuché muy bien lo que decían. Cuando volví a la cocina, se lo conté a Dora.

–Me alegro –dijo–. Espero que se vaya por mucho tiempo, así vamos a estar más tranquilas.

Mientras se servía una copita de oporto para festejar, pensé en lo que me había dicho Diego.

La señora tenía que tomar el avión un sábado a la mañana. Me acuerdo bien porque esa semana pasaron unas cuantas cosas fuera de lo común. Por empezar, el viaje de Dora a Rosario para conocer a su sobrina nieta. Hacía un mes que le venía pidiendo al señor Buitrago tres días a cuenta de sus vacaciones para hacerse una escapadita a su ciudad natal, como decía ella. Y ahora, al fin, se le presentaba la oportunidad, porque al viajar la señora Beatriz, iba a haber menos trabajo en la casa.

Como era la primera vez que Dora se iba y yo me quedaba sola, el señor me preguntó si a mí no me importaba, porque si no, el viaje de Dora se postergaba hasta otro momento. Yo dije que no tenía ningún problema y Dora me lo agradeció. Dijo que me iba a traer alfajores santafesinos, me dejó una lista con todo lo que tenía que hacer (lo de siempre más algunas tareas de ella) y se fue el viernes a la mañana, prometiendo regresar el lunes por la tarde. Ese viernes, el señor Buitrago no fue a la galería, para poder quedarse con la señora Beatriz, que al otro día viajaba a Salta. Como él sabía muy bien que la cocina no era mi especialidad

(más que nada porque Dora no me dejaba cocinar) y quería un almuerzo importante para agasajar a la señora, encargó la comida a un restaurante. Me pidió que pusiera una mesa de gala y bajó a la bodega a buscar el mejor vino. Al rato, mientras yo todavía estaba ocupada con la mesa, me llamó desde la cocina.

–Ay, Lucía, no sabe lo que pasó –dijo, alcanzándome una botella de vino–. Hay una pérdida de agua en el sótano. Algún caño roto, seguramente. Ya cerré la llave de paso que está en el jardín. Voy a llamar a Benito para que venga lo antes posible.

El almuerzo duró bastante. Con sobremesa y todo, como dos horas. Después se fueron a dormir la siesta. Yo terminé de lavar los platos y preparé mis libros y apuntes para estudiar Historia, porque a la noche tenía una prueba. Siempre estudio en la mesa de la cocina. Me estaba haciendo un té, cuando sonó el teléfono del comedor. Corrí a atender, antes de que se despertaran los señores. Menos mal, porque la llamada era para mí.

–Con Lucía Romero, por favor –dijo una voz de hombre.

–Soy yo. ¿Quién habla?

–Le hablo del expreso La Pampeana. Tenemos una encomienda a su nombre. Tiene que pasar a retirarla.

–¿Una encomienda a mi nombre? ¿Y quién la manda?

–Un tal Fernández. Es todo lo que dice el remitente. Viene de Tapalqué.

¿Fernández? No tenía la menor idea de qué Fernández podía ser. De Tapalqué no tenía dudas, era

mi pueblo. ¿Quién me podía mandar algo a mí? Mi mamá podría, pero jamás se le ocurriría mandarme nada. ¿Quién, entonces...?

—¿Y? ¿Va a venir o no? No tengo todo el día para estar colgado del teléfono.

—Está bien. Deme la dirección.

—Bartolomé Mitre 3580. Tiene que venir mañana a partir de las nueve y antes de las once. Mire que, si no, la caja le va a quedar acá hasta el lunes. El sábado a la tarde no trabajamos. Y no venga cerca del mediodía porque estamos muy ocupados.

Ni siquiera me dejó decirle que sí, que gracias, que pensaba ir. Me cortó. Odioso y maleducado. Una encomienda de Tapalqué. ¿Quién se acordaba de mí en Tapalqué? ¿Quién era Fernández? Decir *Fernández* o decir *Juan Pérez* era lo mismo. No recordaba a ningún Fernández; ninguno que pudiera mandarme algo. Y mucho menos que supiera el teléfono de la casa donde trabajaba. Salvo que se lo diera mi mamá. Pero eso me parecía imposible; si desde que vivía en casa del señor Buitrago no me había llamado ni una sola vez, ¿para qué se lo iba a dar a alguien? Eso en el caso de que todavía lo tuviera, porque yo estaba segura de que hacía tiempo que había tirado el papel en que se lo anoté. Estuve un rato largo pensando; al final, volví a mis libros, me concentré y cuando terminé de estudiar ya eran más de las cinco. Preparé el café para el señor y la señora, y subí a mi habitación para arreglarme un poco. Cuando bajé de nuevo a la cocina, encontré al señor Buitrago sirviendo el café. Aproveché para

decirle lo de la encomienda y pedirle permiso para ir a buscarla en el horario que me habían dicho.

—Está bien, Lucía. Una vez que nos prepare el desayuno a la señora y a mí, puede irse tranquila. Va a tener tiempo de sobra. Yo no voy a venir a almorzar. Llevo a la señora Beatriz al aeroparque y después tengo que entregar unos cuadros en Vicente López. Seguramente almorzaré por ahí.

Buenísimo, pensé. No voy a tener que cocinar ni lavar platos. Voy a aprovechar la tarde para leer y mirar alguna película en la televisión. Ya me iba, cuando el señor me habló otra vez:

—Ah, Lucía; me olvidaba. Mañana, más o menos a mediodía, va a venir Benito. Tiene que arreglar urgentemente esa pérdida del sótano. Usted no se preocupe por nada; ya le dejé las llaves.

Otra vez Benito. No sé por qué, pero no me gustaba. Yo no soy prejuiciosa, quiero decir que no juzgo a la gente por su apariencia física, pero Benito me daba no sé qué. Eso de saber que hay un extraño en la casa, dele hacer ruido y que una ni siquiera ve, que entra y sale como un fantasma, me daba cosa. Le conté a Diego mientras íbamos a la escuela. Para qué. Mi primo me puso peor.

—Vos encerrate en la cocina y no le abras a Quasimodo ni aunque te amenace con el martillo.

—Creo que lo que me molesta es no haber hablado nunca con él. Sé que está en la casa por los golpes. Sé que llega y que se va porque oigo el ruido de las llaves. Pero nunca lo oí hablar.

—A lo mejor es un espíritu, un muerto vivo, un zombi, un...

—Un hombre que hace su trabajo y se va a su casa. Y la terminamos acá.

No se lo dije, pero me puso nerviosa. En la escuela, por suerte, me olvidé de Benito. Con la prueba me fue bien. No tengo problemas con ninguna materia. Me gusta estudiar. Cuando termine el colegio, voy a seguir periodismo. Tengo muchos proyectos para mí, y para cumplirlos voy a tener que estudiar bastante. Y trabajar; pero no me quejo. Al contrario: gracias a que trabajo, puedo estudiar.

Cuando salimos de la escuela, Diego me acompañó hasta casa como todos los días. Volvió a hablarme de Benito, y yo, a propósito, le hablé de la prueba de Matemática del martes.

—¿Para qué me hacés acordar? Me amargaste la noche.

—Ahora estamos iguales. Yo me había olvidado de Benito.

—Si te da miedo, puedo venir a acompañarte con Leo. Él no va a decir que no, ya sabés.

—No, quedate tranquilo. Cualquier cosa, te llamo.

Diego es un cabeza hueca, pero es bueno. Los sábados él y Leo tienen partido con otros amigos, así que no los iba a hacer venir para que me acompañaran, sabiendo lo que les gusta el fútbol. Pero seguro que si decía que sí, venían. Además no era para tanto. Seguramente el pobre Benito era un buen tipo y yo, con mis dudas y temores, una exagerada.

Mientras me despedía de Diego, vi que había luz en las habitaciones de arriba. No era muy tarde, pero igual me sorprendió, porque la señora me había dicho que pensaba acostarse temprano, ya que al otro día tenía que madrugar. Para ella, madrugar era levantarse a las ocho. Cuando entré a la cocina, miré el reloj de pared que está frente a la puerta. Lo miré porque es lo primero que se ve al entrar. Eran las once menos veinte. Me preparé un café con leche, corté un pedazo de queso, saqué unas galletas de la lata, puse todo en una bandeja y subí a mi habitación. Siempre ceno así, algo liviano, mientras leo un poco. Me encanta leer en la cocina, pero no de noche, cuando sé que estoy sola y los demás duermen; me da no sé qué. No es que tuviera miedo, pero me sentía más segura en mi habitación. Además, esa noche estaba particularmente inquieta: no podía dejar de pensar en Benito. Pobre Benito, ¿qué culpa tenía él de mis inseguridades? Un hombre que venía a trabajar, no molestaba a nadie y se iba cuando terminaba su trabajo. ¿Por qué pensaba en él? A causa de Diego, seguro. También podía ser que mi inquietud se debiera a que Dora no estaba. Desde que yo había llegado a la casa, era la primera vez que ella dormía afuera. Terminé mi cena, y como no me concentraba en la lectura, dejé el libro, puse la bandeja sobre la cómoda, fui al baño y después me acosté y apagué la luz. No tenía sueño. Me puse a pensar en la encomienda de Tapalqué. ¿Quién sería el tal Fernández? No podía creer que mi mamá tuviera algo que ver. Pensé en la posibilidad de algún amigo de mi papá, pero...



¿cuál? El único amigo de verdad, el que lo acompañó durante toda su enfermedad y estuvo con él hasta el último momento, era Aldo, el ferretero, y su apellido era Bustamante. Los otros amigos no eran importantes, y mucho menos para recordarme a mí. Fernández. Traté de pensar en las caras de los amigos de mi papá y al fin me quedé dormida. No sé qué hora sería ni cuánto habría dormido, cuando me despertó el ruido. Lo oí bien clarito. No se me ocurrió encender la luz y mirar la hora, ¿para qué? A lo mejor no estaba despierta del todo, pero estoy segura de que lo oí. Era el ascensor. Además, lo incorporé a mi sueño. Fue horrible. Soñé que subía a un ascensor para encontrarme con Dora, que me esperaba en otro piso, pero el ascensor subía y subía y no paraba nunca y yo oía la voz de Dora, cada vez más lejos, que me llamaba para mostrarme a su sobrina nieta. Yo quería bajar, pero no había forma, el ascensor seguía subiendo. No sé en qué terminó el sueño; seguramente se debe de haber mezclado con otro, como pasa muchas veces, pero no lo recuerdo. Esa fue la segunda vez que oí el ruido del ascensor.

#### IV

El sábado me desperté a las seis y media. El señor y la señora se iban a levantar a las ocho, así que tenía tiempo de sobra para desayunar tranquila. Para mí, el desayuno es muy importante; no solo por el café con leche y las tostadas, que me encantan, sino por la lectura. Siempre desayuno sola. Dora toma mate y come bizcochitos, mientras va de un lado para el otro haciendo cosas. A mí me gusta sentarme y disfrutar del desayuno y la lectura. Digamos que cada una disfruta a su manera, porque Dora, con el mate y los bizcochos tiene para toda la mañana, y eso es lo que le gusta. Entre tarea y tarea prepara un nuevo mate y

así se le pasa el tiempo hasta la hora del almuerzo. Yo, en cambio, termino el café con leche, cierro el libro y no pruebo nada hasta la hora de la comida; aunque a veces me sirvo una segunda taza, más que nada como excusa para seguir leyendo. Pero esto no pasa siempre, solamente cuando me levanto muy temprano o cuando llueve o hace mucho frío.

Ese sábado me había levantado muy temprano, el señor y la señora dormían, y me moría de ganas de seguir leyendo *El señor de los anillos*, así que me preparé el segundo café con leche y leí hasta las ocho menos cuarto. Después me puse a exprimir naranjas y pomelos y preparé la bandeja para llevar arriba. Desayuno completo para la señora: jugo de naranjas, café, yogur, tostadas. Para el señor, solo un vaso de jugo de pomelo; el café y las tostadas, un rato después, abajo, con el diario.

Antes de llegar a la escalera, vi las valijas. Eran dos y estaban en el piso, apoyadas contra una de las sillas del comedor. Entonces me acordé del ascensor. Finalmente, yo tenía razón: lo usaban para bajar las valijas.

Llamé a la puerta de la señora Beatriz, empleando el método que ella misma me había enseñado: golpear una vez y esperar. Si estaba en la cama, respondía enseguida con un "adelante" y yo entraba. Si no me contestaba, era porque se estaba bañando, entonces entraba directamente, acomodaba la bandeja en la mesita, daba un golpe suave en la puerta del baño avisando que dejaba el desayuno y me iba. Esa vez apliqué la segunda opción: se estaba bañando. Di el consabido golpe en la puerta del baño y ya me disponía a llevarle el vaso

de jugo al señor Buitrago, cuando lo vi aparecer en la habitación de la señora.

—Buen día, Lucía. Deje, no se moleste, yo llevo el vaso. Usted vaya a buscar su misteriosa encomienda, no sea cosa que se le haga tarde.

Le agradecí, pero le dije que todavía era temprano y que tenía tiempo de sobra para servirle el café y arreglarme para salir. Fui a la cocina, me apuré con el café y las tostadas, preparé la bandeja y la llevé a la biblioteca. El señor Buitrago ya estaba sentado, con el diario abierto sobre el escritorio.

—Bueno, Lucía, estoy tan intrigado como usted. Vaya de una vez y después me cuenta.

Le pedí que saludara a la señora de mi parte y me fui. En el reloj de la cocina eran las nueve y cinco.

—Buenos días, vengo a retirar una encomienda a nombre de Lucía Romero.

—¿Tenés documento?

Se lo mostré. Por lo simpático, seguro que era el que me había llamado por teléfono. Me devolvió el documento y se fue hacia el fondo del local. Desapareció entre un montón de cajas y me dejó ahí, esperando, mientras otro empleado atendía a una señora que acababa de apoyar sobre el mostrador un paquetón envuelto en papel madera. Al fin volvió, cargando una caja bastante grande, mucho más de lo que yo me había imaginado. La caja estaba cerrada con tantas vueltas de cinta plástica que prácticamente no le quedaba ni un centímetro de cartón libre. Parecía como si

el que la había enviado hubiera tenido miedo de que el contenido saliera volando.

—Mirá que pesa, ¿eh? —me dijo el simpático—. Te vas a tener que tomar un taxi.

Lo único que tenía yo eran monedas para el colectivo, así que pasé por alto la sugerencia, agarré la caja con las dos manos, mejor dicho, la abracé con los brazos completamente estirados, y me fui. Pesaba una enormidad. En la esquina tuve que hacer un alto. Todavía faltaba una cuadra para la parada. Llegué con la lengua afuera, como quien dice. Cuando apareció el colectivo, tuve que subir primero la caja y después, yo. Pero creo que lo peor de todo fue tener que soportar la intriga de saber qué había adentro. Por más que lo intenté, no pude romper ni un pedacito de cinta. Habría necesitado un cuchillo o una tijera, y no tenía nada parecido.

Cuando abrí la puerta de la cocina eran las once menos diez. Para poder maniobrar con las llaves, había puesto la caja en el suelo. Después abrí la puerta, arrastré la caja hasta el interior de la cocina, busqué un cuchillo y, ahí nomás, arrodillada en el piso, empecé a cortar la cinta. Casi me muero de la sorpresa. La caja estaba llena de libros. Saqué uno: *La isla del tesoro*; otro: *Cuentos de Navidad*; otro: *Tom Sawyer. Los tres mosqueteros, Historia de dos ciudades, El misterio del cuarto amarillo, Un viaje en globo, El conde de Montecristo, La máquina del tiempo*. Me puse a llorar como una loca. Y no estaba Dora para poder contarle. Quería llamar a Diego, a Leo, a mis tíos, pero no podía dejar de hojear los libros. Mis libros. Los libros de mi papá. No aquellos, viejos, ajados que él me leía cuando

era chica, sino otros, nuevos, impecables, pero los mismos títulos de su biblioteca, los mismos que mi mamá vendió por centavos cuando él murió, con la única justificación de no ver en la casa nada que le recordara al hombre que había tenido el pésimo gusto de quedar hemipléjico y esclavizarla durante dos años junto a su silla de ruedas, empecinado en no querer morir. ¿Y ahora, qué? ¿Estaba arrepentida y por eso me mandaba los libros? ¿Y por qué con un nombre falso?

No. No podía ser ella. Mi mamá no sería capaz de recordar ni dos títulos de aquella biblioteca. No por mala memoria, sino simplemente porque jamás le interesaron los libros de mi papá ni nada que estuviera relacionado con él. Ni él, desde luego. Pero, entonces, ¿quién? Diego, Dora, mis tíos... No recordaba haberles enumerado los libros tan detalladamente como para que los recordaran y luego pudieran comprarlos sin errores... Y aunque fuera así, ¿por qué? Muchas veces le hablé a Dora de mi infancia, de mis padres, de los libros, más que a mis tíos, incluso, porque estoy más tiempo con ella, pero... Si Dora hubiera querido regalarme los libros, ¿por qué iba a enviarme una encomienda desde Tapalqué? No tenía sentido. Ni Dora, ni mis tíos, ni Diego. Entonces quedaba mi mamá.

Puse todos los libros sobre la mesa. Los hojeé uno por uno, leí los títulos y las contratapas, les sentí el olor, los acaricié, los ordené alfabéticamente, los desordené, los conté, los apilé.

De repente oí los golpes. Eran suaves, sordos, hasta podría decir, delicados. Benito. Me había olvidado.

Quién sabe desde cuándo estaba ahí, y yo sin darme cuenta. Llevé los libros a mi dormitorio y me puse a ordenar la casa. Los golpes de Benito se escuchaban también desde las habitaciones de los señores, aunque mucho más débiles. A la una y media me senté a almorzar. Desde la una que no se oían los golpes. Leí. En un momento, me sobresalté: el ruido de las llaves del sótano me llegó clarito. Levanté la cabeza: las tres menos cuarto. Sentí como si apenas hubieran pasado diez minutos desde que me había sentado a comer. Fui hasta la ventana. Benito rengueaba a medio metro de mí, del otro lado del vidrio. Alcancé a verle el perfil: la boca entreabierta, el destello de los dientes, una nariz larga y afilada, el pelo alborotado emergiendo de la gorra. Fue muy rápido, como una luz que se enciende y se apaga, como el flash de una cámara de fotos. Enseguida lo vi de espaldas, yendo hacia la puerta del jardín. El saco a cuadros, el hombro levantado por la joroba, el pantalón flojo. Igual que la otra vez. Benito idéntico a Benito. Pobre, pensé, qué difícil pasar desapercibido con semejante aspecto. Otra vez el ruido de las llaves y la cerradura, pero esta vez más fuerte. La puerta del jardín tiene música propia, *clan, clan, clan*. Benito se fue y yo me quedé mirando por la ventana.

## V

El lunes, Dora llegó a las cinco de la tarde con una buena provisión de alfajores santafesinos en el bolso y varias fotos de su sobrina nieta.

—No sabés lo linda que es la mocosa. Igualita a la madre. Y mi sobrina se parece a mí, así que, ¿qué querés que te diga? Te voy a mostrar unas fotos mías de cuando era chica, vas a ver, dos gotas de agua con la nena... Y por acá, ¿qué tal las cosas?

La única novedad eran mis libros, así que le conté lo poco que sabía y la llevé a mi habitación para mostrárselos.

—Seguro que te los mandó tu mamá, arrepentida de las perradas que te hizo.

No dije nada. Para mí seguía siendo un misterio, pero pensaba que con el tiempo me iba a enterar de la verdad. El señor Buitrago creía lo mismo. El domingo a la noche, cuando llegué de la casa de mis tíos, me estaba esperando para preguntarme por la encomienda. No le di demasiados detalles acerca de la relación entre mi mamá y yo, pero le di a entender que no era muy buena y le dije claramente que no creía que fuera ella quien me había enviado los libros.

-No sé, a lo mejor fue algún amigo de mi papá que ahora no recuerdo -dije, no muy convencida.

-Bueno, tarde o temprano ya se va a enterar, Lucía. Ahora no piense en eso y disfrute de sus libros.

Me di cuenta de que tenía razón y traté de no pensar más en el tal Fernández. Pero mi mamá seguía dándome vueltas en la cabeza y eso era inevitable: con libros o sin libros, ella siempre daba vueltas en mi cabeza.

Dora se puso a cebar mate y no paró de hablar hasta las seis, y eso porque le señalé el reloj de la pared y le recordé que Diego ya estaría por llegar.

-Bueno -dijo, entonces, y me alcanzó un mate-, mientras ustedes van al colegio, yo me dedico al lavarropas. Mañana no te salvás de la plancha.

La teoría de Diego acerca del envío de los libros era de lo más disparatada. Según él, me los había mandado alguien que estaba enamorado de mí. Un novio de Tapalqué, a quien yo, supuestamente, ya había olvidado, deslumbrada por las luces de Buenos Aires. Diego siempre me hace reír.

-Me vas a tener que ayudar para la prueba de Matemática -dijo, cuando estábamos llegando a la escuela-, hay unos ejercicios que no me salen.

-¿Hay alguno que te salga?

-No empecemos...

-Digo, así dejamos los que entendés y pasamos a los otros.

-Me parece que... me los tenés que explicar todos... -dijo, humilde.

-¿Y ahora me lo decís? ¿Por qué no te acordaste antes? La prueba es mañana, Diego...

-Qué novedad. Por eso te pido ayuda.

-Bueno, vení a casa a la mañana. Temprano, ¿eh? Mirá que tengo mucho que hacer. Te explico mientras plancho. Si el tiempo no alcanza, seguimos a la tarde.

-Qué tortura, madre santa...

El martes, antes de irse a la galería, el señor Buitrago nos dijo que a media mañana iba a venir Benito otra vez para terminar el arreglo de la cañería del sótano.

-Espero que hoy lo pueda terminar y no se rompa ningún otro caño -dijo-. Eso es lo que pasa con las casas viejas: cuando no se rompe una cosa, se rompe otra.

A las nueve y media apareció Diego. Nos instalamos en el cuarto de planchar, y mientras él luchaba con los ejercicios que le había preparado durante el desayuno, planché la pila de ropa que Dora me había dejado en una silla. De vez en cuando hacía una pausa para explicarle algo a Diego o corregirle algún ejercicio. No puse la radio para que no se distrajera. Todo era silencio en la casa. Silencio de ruidos suaves, no silencio absoluto:

el zumbido de la aspiradora en el piso superior, el chistido húmedo del apresto al rociar la ropa, los golpes leves de la plancha sobre la tabla acolchada, algún suspiro de Diego. Nada más. Y de repente, un sobresalto. Mi sobresalto: *dan, dan, dan*. Siempre plancho de frente a la ventana, pero ahora estaba de espaldas, mirando a Diego, que escribía sobre una mesita. Dejé la plancha y giré hacia la ventana.

–¿Qué pasa? –preguntó Diego.

Benito avanzaba por el camino de lajas, después giró a la derecha y pasó delante de la ventana. Me eché para atrás y choqué con Diego, que se había acercado a mirar.

–¿Te da miedo el chabón?

–No... Bueno... No sé. Qué sé yo... Él no tiene la culpa, pobre...

–Qué no va a tener. Con esa pinta de asesino serial...

–¿Qué decís? ¿Estás loco?

–Me lo imagino acogotando mujeres solas e indefensas...

–Basta. Mirá que sos bobo, ¿eh? Ocupate de los ejercicios. Pensá en la prueba, en vez de hablar pavadas.

–Eh, qué amarga. Ni un cachito de sentido del humor...

Volví a la plancha y Diego, a las matemáticas. Siguió el silencio un rato, hasta que Benito empezó con los golpes. Al principio me molestó, pero después me acostumbré, como suele pasar con algunos ruidos. Creo que a Diego le pasó lo mismo, porque siguió trabajando hasta terminar con todos los ejercicios. Me dio las hojas,

corregí y lo felicité. Bastante, bastante bien. Mejor de lo que me había imaginado.

–Si querés practicar un poco más, vení a las cuatro que te preparo otros ejercicios.

–Bueno, dale, pero no te abuses, ¿eh? Mejor, en vez de a las cuatro, vengo a las cinco.

Cuando Diego se fue, Dora ya estaba instalada en la cocina, preparando el almuerzo y tomando mate. Comimos temprano, pero Dora me contó tantas cosas de Rosario, de su familia y de su infancia, que estuvimos de sobremesa casi hasta las tres de la tarde. A las cinco vino Diego y lo hice practicar un poco. Mi primo volvió a sorprenderme: resolvió tres ejercicios muy difíciles sin preguntarme nada. Un rato después apareció Leo para pedirnos que le entregáramos una monografía a la profesora de Historia porque él tenía que ayudar a su papá en el taller y no iba a ir a la escuela. Nos estábamos despidiendo en la vereda, cuando oímos el *dan dan* de la puerta del jardín a nuestras espaldas: Benito se iba. Ni siquiera nos miró; con la cabeza baja, giró a su derecha y siguió por Herrera. Diego y yo cruzamos hacia la plaza y Leo se fue en la misma dirección que Benito.

A la noche, cuando volví de la escuela, no sé por qué antes de entrar por la cocina se me ocurrió mirar hacia la puerta del sótano. ¿Habré tenido un presentimiento? Un papel colgaba del picaporte. Era una nota de Benito. Su letra, grande y aniñada, resultaba tan extraña como él: "Señor Buitrago, se rompió otro caño. Mañana voy a venir más temprano. Cerré la llave de paso. Lo saluda, Benito".

## VI

—La verdad, bastante maleducado —me dijo Dora a la mañana siguiente, mientras le preparaba el desayuno al señor Buitrago—. ¿Qué necesidad tenía de dejar una nota? ¿No estábamos nosotras, acá? ¿Le costaba mucho golpear la puerta de la cocina y hablar con vos o conmigo?

—Bueno, no es para tanto, Dora. Benito debe ser muy tímido, andá a saber.

—¿Y qué? ¿Lo íbamos a comer, acaso?

A mí no me preocupaba la nota de Benito. Pobre. Seguro que le costaba hablar con la gente. Me imaginé que estaría acostumbrado

a esconderse. A lo mejor, teníamos que acercarnos nosotras para facilitarle un poco las cosas.

Antes de irse, el señor Buitrago nos dijo que iba a tener un día muy ocupado porque tenía que despachar unos cuadros a Salta, que necesitaba con urgencia la señora Beatriz. Y como además tenía otros compromisos, a la noche no iba a venir a cenar.

—¿Y qué hacemos con Benito? —preguntó Dora.

—Nada. Quédense tranquilas las dos. Él sabe lo que tiene que hacer.

—¿Va a estar en la casa todo el día?

—Hasta que termine de arreglar el caño que se rompió.

—Dígame una cosa, señor Buitrago —dijo Dora, en tono confidencial, bajando la voz, como si Benito anduviera cerca—, ¿por qué tuvo que dejarle una nota? ¿No podía hablar con cualquiera de nosotras?

—Sabe qué pasa, Dora, Benito es un hombre muy tímido. Trate de entenderlo. La vida nunca le resultó fácil. Le cuesta comunicarse, pero es una excelente persona, de confianza, honesto y muy trabajador.

Mientras el señor Buitrago hablaba, Dora lo miraba como en éxtasis, con los ojos bien abiertos y brillantes. Parecía emocionada. ¿Tendría razón Diego? ¿Dora estaba enamorada? Bueno, no sé; lo que sí sé es que no volvió a quejarse de Benito en toda la mañana.

A eso de las once la acompañé al supermercado y, a la vuelta, mientras yo guardaba lo que habíamos comprado y Dora preparaba el mate, oímos la puerta del jardín.

—Al fin lo voy a ver —dijo Dora, y corrió a la ventana. Benito se acercaba por el caminito de lajas. La joroba, la renguera, su cara hosca fueron demasiado para Dora.

—¡Ay, Dios mío! ¿Ese es el hombre que anda por aquí como Pancho por su casa?



## VII

—¿En qué quedó el asunto de los brolis?  
¿Hablaste con tu vieja, al final?

—¿No era que creías que me los había mandado un ex novio?

—Sí. Lo sigo pensando. Pero igual tendrías que hablar con ella, es la única que le puede haber dado al chabón el número de teléfono.

Que Diego dice pavadas, ni lo dudo. Pero a veces me hace pensar. De todas las locuras que se le ocurren, siempre hay algo para rescatar. En ese momento, por ejemplo, me dio el empujón que necesitaba para llamar a mi mamá. Era cierto, después de todo: la única en Tapalqué que tenía el número de teléfono

de la casa del señor Buitrago era ella. Y el paquete había venido de Tapalqué.

El jueves, a media mañana, le dije a Dora que iba hasta la librería a comprar hojas y unos mapas y me fui al locutorio. Después me arrepentí. La conversación con mi mamá no duró más de tres minutos, pero el malhumor y la tristeza me duraron mucho más.

Por lo menos me quedó claro que ella no me mandó nada (como era lógico). Y que nunca le dio el número de teléfono del señor Buitrago a nadie, porque ni siquiera sabía dónde lo había guardado (tal como me lo había imaginado). Y según sus propias palabras, no tenía la menor idea de cuáles eran los famosos libros de mi papá, y que lo único que recordaba de esos libros era que había tenido que venderlos para darme de comer, cosa que yo jamás le había agradecido. Eso me puso furiosa y le contesté que darme de comer o preocuparse por mí nunca había estado en su lista de tareas diarias. Me dijo que era una malcriada. Le dije que ella era egoísta e injusta. Me dijo que sus mejores años los había perdido con mi papá y conmigo. Le dije que le tenía lástima y corté.

—Si no fue tu vieja, ¿entonces quién? —me dijo Diego, camino a la escuela, cuando le conté la conversación que había tenido con mi mamá.

—No sé. Es un misterio.

—No me gustan los misterios. Me ponen nervioso.

—A mí también. Me gustan en las novelas y en las películas, pero en la vida real, no.

—¿Y si tu vieja le dio el número al tipo y no te lo quiere decir?

—No la conocés a mi mamá. No le importo, ¿entendés? Mi papá y yo siempre fuimos una piedra en su camino, una molestia, un estorbo que hay que quitar del medio. Y no te creas que lo sé porque me lo dijo ahora. Lo dijo siempre. Igual, yo lo tengo claro desde antes, desde que nací. No hace falta que te digan que no te quieren con todas las palabras. Solamente te lo tienen que hacer sentir, nada más. Siempre fue mi papá el que se ocupó de mí.

—Sí, ya lo sé. Cuando era chico los escuchaba hablar a mis viejos en la panadería, a la noche, tarde, cuando amasaban el pan para el día siguiente. Yo me escondía detrás de un canasto. Ellos no sabían que estaba ahí. Me gustaba espiarlos y oírlos hablar. Una vez, mi viejo dijo que su hermano no había tenido suerte, que se merecía una vida mejor y que por eso le había aconsejado que se separara de tu mamá y se viniera a vivir a casa con vos. Yo me alegré y lo di por hecho. Imaginate, si lo decía mi viejo, tenía que ser así. Pero como los días fueron pasando y ustedes no llegaban, una mañana le pregunté a mi vieja: "¿Y, cuando vienen el tío y Lucía a vivir con nosotros?". Me deschavé solo. Desde ese día, nunca más pesqué una conversación secreta. Me cambiaron el canasto de lugar y ya no tuve dónde esconderme.

—Tu papá y tu mamá siempre me quisieron. Yo lo sé muy bien. Por eso me fueron a buscar a Tapalqué. Fue idea de ellos, no mía. Yo nunca les pedí que me trajeran con ustedes. Me daba vergüenza. No podía contarles las cosas que hacía mi mamá... ¿Para qué la habré llamado, Diego?

-Para aclarar el misterio de los libros, ¿para qué iba a ser, si no?

-Sí, pero no se aclaró nada...

-Hay que hacer otra cosa. Vos dejame a mí... Creo que ya lo tengo...

## VIII

Yo no estoy acostumbrada a mentir. Pero este Diego es terrible... Reconozco que tiene buenas ideas; es imaginativo. Lo que pasa es que para llevarlas a la práctica, hay que decir una que otra mentira. Al menos yo, para justificar mis salidas de la casa; él no tiene problema.

El sábado, apenas me levanté, le dije a Dora que iba a la biblioteca por un trabajo para Historia que tenía que presentar el lunes sin falta.

-Bueno, está bien, pero mirá que a la una y media, a más tardar, comemos, ¿eh?

Cuando bajamos del colectivo, caminamos una cuadra hasta Bartolomé Mitre. Antes de entrar en la oficina del expreso La Pampeana, Diego me preguntó si quería que hablara él. Le agradecí, pero le dije que no. Está bien que la idea se le había ocurrido a él, pero yo tenía que hacer algo, también; después de todo, el asunto tenía que ver conmigo.

–Buenos días –el hombre que estaba detrás del mostrador era el mismo que me había atendido la otra vez–, no sé si se acuerda de mí; yo estuve el sábado pasado...

–Sí, me acuerdo –me interrumpió–. Viniste a buscar una caja bastante pesada. ¿Cómo te arreglaste para llegar a tu casa?

Casi, casi parecía simpático el hombre. Seguramente el sábado anterior no había sido su día.

–Bueno, me costó, pero llegué. Eran libros. Lo que pasa es que no sé quién me los mandó. En el remitente decía "señor Fernández", pero yo no sé quién es. Por eso vine, a ver si usted tenía algún dato más.

–Mirá, me acuerdo bien de esa caja porque el mismo día que llegó, al rato, nomás, llamó un hombre y preguntó si la encomienda ya estaba acá. Dijo que la había mandado él y que no hacía falta que llamáramos al número de teléfono que figuraba con tu nombre porque él ya te había avisado para que la pasaras a retirar.

–¿A quién le había avisado?, ¿a mí...?

–Y, al destinatario, ¿a quién va a ser, si no?

–A mí me llamaron de acá... Yo pensé que había sido usted...

–Yo no llamé a nadie. Ya te dije: llegó la caja, llamó el tipo que la mandaba, me dijo que ya había hablado con vos y que ibas a venir el sábado porque era el único día que podías.

–La persona que me llamó dijo que hablaba del expreso La Pampeana y que tenía que venir antes del mediodía porque a la tarde no trabajaban...

–De acá no llamó nadie, ya te dije.

–¿Está seguro? –dijo Diego.

El hombre lo miró como si mi primo hubiera aparecido de la nada en ese preciso instante.

–¿Sabés cuántos años hace que trabajo en esto, pibe?

–Está bien, no se enoje. Era una pregunta, nada más...

–No me enojo. Lo único que quiero que entiendan es que estoy seguro de lo que digo, nada más.

La confusión era cada vez mayor. Imposible entender algo. ¿Quién me había llamado por teléfono para avisarme que fuera a buscar la encomienda? ¿Fernández? ¿Y por qué se hizo pasar por un empleado del expreso La Pampeana? ¿Y quién era Fernández, después de todo?

–Estamos como cuando vinimos de España, como dice mi viejo.

–Yo no entiendo nada.

–Lo que está claro es que el tal Fernández no quiere darse a conocer. Y seguro que el apellido es falso.

–Sí, pero... ¿quién es?

–El novio olvidado...

–No seas pesado, Diego.

## IX

Llegué a casa alrededor de la una. Dora me estaba esperando con la comida lista.

-Bueno, nena, tenemos tiempo de comer tranquilas y en silencio. Benito todavía no llegó.

-¿El señor Buitrago ya comió?

-Se fue temprano. Me dijo que tenía trabajo en la galería y que después se iba a un remate a ver unos cuadros y que volvía a la noche.

Después de comer, mientras Dora lavaba los platos y yo los secaba, se oyó el *clan clan* de la puerta del jardín. Eran las tres menos veinte. Dora miró hacia la ventana, pero no se acercó. Yo sí me acerqué, por un momento

pensé que Benito me iba a mirar. Quería saludarlo. Pero no. Pasó junto a la ventana con la cabeza baja, como siempre.

—Es un bicho, no hay vuelta que darle —dijo Dora.

Minutos después empezaron los golpes. A las tres, Dora se fue. Preparé café y pensé llevarle una taza a Benito, pero no me animé. Me dio rabia conmigo misma. Me sentí cobarde. Fui a buscar la mochila del colegio y me puse a preparar las materias para el lunes. Los golpes seguían, pero no me molestaban. Tenía tarea para Historia, Lengua y Matemática. Leí, escribí, resolví unos ejercicios y listo. Trabajo terminado. Del colegio, nada hasta el lunes.

Dora me había encargado que descolgara las cortinas de la habitación de la señora y las dejara en el lavadero, así ella las lavaba el lunes bien temprano. Era el único trabajo que tenía que hacer y quería sacármelo de encima rápido para dedicarme a mis cosas, o sea, mirar películas en la tele y terminar de leer la última parte de *El señor de los anillos*.

Hay que ver cómo juntan mugre las cortinas. Y eso que Dora las sacudía todos los días con las ventanas abiertas. Para colmo, en toda la casa hay dos cortinas por ventana, una finita y vaporosa y otra pesada, de terciopelo, que es la que más se llena de tierra. Saqué la escalerita que Dora guardaba en el placard del pasillo y empecé a descolgar las cortinas, dejándolas caer al suelo: un cortinado enorme, de pared a pared, que arranca casi en el techo y llega hasta el piso. Doblé las cortinas lo mejor que pude y las sostuve con los

dos brazos. Pesaban una barbaridad. Apenas empecé a caminar hacia la escalera para llevarlas al lavadero, se me desdoblaron y, aunque hice un malabarismo para que no se cayeran, pisé la punta de una de las cortinas de terciopelo y casi me caigo yo. Creo que me asusté un poco, porque se me ocurrió pensar que si eso mismo me hubiera pasado mientras bajaba por la escalera, podría haberme caído rodando hasta abajo. Sola en la casa, ¿quién me ayudaba si me caía? ¿Benito? ¿Escucharía mis gritos desde el sótano? Mientras me arrodillaba en el piso para volver a doblar las cortinas, no sé por qué, levanté la cabeza y miré la puerta del ascensor. Si lo usaban para bajar las valijas, ¿por qué no usarlo para bajar las cortinas?

Apreté el botón y esperé. El ruido del ascensor me puso nerviosa. Cómo me retaría Dora si me viera en este momento, pensé. Abrí la puerta de madera y la de metal. Volví a abrazar las cortinas y entré, cerré las puertas, apreté el último botón y... me puse más nerviosa. Pensé en Dora otra vez. De repente, el ascensor se detuvo.

Fue una intuición, más que una certeza, pero aun antes de abrir la puerta tijera, me di cuenta de que algo andaba mal. No fui rápida; tardé un poco en comprender. Se trataba de la puerta. No la puerta tijera, sino la otra. La puerta de madera que no era de madera, era metálica, de esas corredizas, en paneles, que suelen ser las más comunes en los ascensores. ¿De dónde había salido esa puerta? Era la primera vez que la veía. La puerta de madera tenía que estar ahí y no estaba.

¿Entonces...? La abrí de un tirón, llevada por la curiosidad, aunque lo que realmente quería era salir corriendo. Pero corriendo, ¿adónde? Lo primero que me llegó fue una sensación de extrañeza. ¿Dónde estaba? No era el living de la casa lo que aparecía ante mí. En una de las paredes había una lámpara encendida, y otra luz, natural, entraba por una ventanita a la altura del techo. Igualmente, era poco lo que se veía. Esas dos luces no alcanzaban para iluminar el lugar por completo. Pero no hacía falta, comprendí dónde me encontraba. Sin soltar las cortinas, que todavía llevaba abrazadas contra mi pecho, avancé unos pasos y salí del ascensor. En un rincón, junto a una pila de escombros, agachado y de espaldas a mí, pero con la cabeza dada vuelta y mirándome muy serio, estaba Benito.

—Perdón —dije—. Me confundí. No sabía que el ascensor llegaba hasta el sótano.

Por toda respuesta recibí un movimiento de cabeza, pero ni una palabra. Benito siguió con su trabajo y yo no supe qué decir. Quise girar para volver al ascensor y choqué con algo que había en el piso, me tambaleé y casi me caigo hacia adelante. En ese momento, Benito volvió a mirarme y me pareció que iba a ponerse de pie para ayudarme. No sé por qué, pero lo vi raro, más raro de lo que ya me parecía, el pobre; creo que por los ojos, por la forma en que me miró. No sé, pasó todo tan rápido. No me caí, pero las cortinas se me deslizaron de entre los brazos, mientras atajaba el porrazo con la mano derecha, a la vez que con la otra trataba de impedir que las cortinas se me cayeran del

todo. Me parece que lo mismo con lo que choqué me sirvió de sostén para recuperar el equilibrio. No sé qué era. Apenas lo vi y, sin embargo, me produjo cierto rechazo. Creo que una imagen se formó en mi mente, pero enseguida se me fue. ¿Cómo explicarlo...? Benito estaba ahí y me miraba fijo y yo sentía que me estaba controlando. A lo mejor era una pila de ladrillos tapada con un plástico. Lo raro fue que, cuando retiré la mano, la sentí helada. Supuse que era por los nervios, porque la cara me ardía. Me sentía muy mal y en mi interior le echaba la culpa a Benito; si me hubiera dicho algo, me habría tranquilizado. Pero seguía mudo y mirándome fijo. Recogí como pude las cortinas y me metí en el ascensor.

Después de cerrar las dos puertas, miré la botonera: había tres botones. Antes no me había dado cuenta. Apreté el del medio y enseguida vi aparecer la puerta de madera entre las rejas de la puerta tijera. Respiré, aliviada, y mientras salía del ascensor, ahora sí en el living, noté que mi cara ya no ardía. Sin embargo, todavía me duraba la sensación de frío en los dedos. Me miré la mano y una imagen confusa vino a mi mente. Sentí un mareo. Solté las cortinas. Pensé en Dora, en Diego. Mejor, Diego. Corrí al teléfono y marqué el número de su celular. Nada. Diego, Diego, ¿dónde estás...? Un mensaje, le dejo un mensaje, pensé, asustada.

—Diego, soy yo. Estuve en el sótano. Bajé en el ascensor. Estaba Benito. No sé... Era todo muy raro... Vi algo... No estoy segura, pero... Oigo un ruido en la cocina. Debe ser Benito. Vení, Diego, por favor...

**SEGUNDA PARTE**

**DICE DORA**



Mire, agente, yo quiero dejar bien en claro que Lucía no es una chica de andar haciendo esas cosas. A mí me llama mucho la atención, qué quiere que le diga. Entiendo que una nunca sabe lo que le espera a la vuelta de la esquina. Y más hoy en día, que el mundo está patas para arriba, qué le vamos a hacer. Pero igual me extraña. Lucía es una chica seria, responsable; nada que ver con las chicas de ahora. Ella vino de su pueblo solita, con ganas de aprender y trabajar, siempre contenta, bien dispuesta... ¿Y de repente se va? ¿Así nomás? ¿Sin avisar? No, no puede ser. Además, el sábado no es su día de salida.

Ella sale el domingo. Los sábados se queda todo el día en la casa. ¿Entiende lo que le quiero decir, agente? ¿Entiende por qué me preocupo? Le tiene que haber pasado algo, no sé; a lo mejor la secuestraron, Dios no lo permita. Pero como el señor Buitrago está en muy buena situación, quién le dice que en cualquier momento no llaman para pedir rescate...

El señor Buitrago es mi patrón. Un encanto de persona...

No, la casa no quedó sola. Está el señor Buitrago, por si alguien llama. Y le aseguro que hasta ahora no llamó nadie. No pegué un ojo en toda la noche, imagínese, como para dormir estaba yo...

¿Señales de lucha...? No, la casa estaba bien cuando llegué...

Sí, la puerta estaba cerrada con llave. No había nadie, ya le dije que la que tenía que estar era Lucía y no estaba. El señor Buitrago llegó más tarde... No, no, disculpemé, me confundí. La casa no estaba vacía. Estaba Benito. En el sótano estaba...

Benito es un hombre que hace de todo, qué sé yo, es plomero, carpintero, albañil. El señor Buitrago lo conoce de la galería de arte. Y como le tiene mucha confianza, lo llama para hacer los arreglos de la casa. Ahora está arreglando unos caños en el sótano y también hizo una bodega. Bueno, él sí estaba en la casa cuando llegué. Me di cuenta enseguida por los golpes. No sabe cómo se oyen en la cocina. Pero al ratito, nomás, se fue. Lo vi pasar por la ventana de la cocina, tan maltrecho, el pobre, con esa pinta que tiene...

No, no me dijo nada. Qué me va a decir, si no habla con nadie...

No, no se me ocurrió preguntarle si sabía algo... Como estaba a los golpes en el sótano, qué iba a oír desde ahí. Además a Lucía seguro que no se la llevaron por la fuerza, ya le dije que en la casa estaba todo en orden. Pero a lo mejor le hicieron el cuento del tío para que saliera. Y como la pobrecita es tan inocente, le pueden haber contado cualquier cosa, que yo estaba moribunda en un hospital y quería verla o...

Sí, ya sé que hoy es domingo y que además es tempranísimo, pero, ¿qué quiere?, ¿que haga la denuncia dentro de una semana, cuando seguramente ya sea tarde y terminen encontrando a la chica muerta y tirada vaya a saber dónde...?

¿Y qué tiene que ver que no sepamos de ella apenas desde ayer? ¿No es mejor avisar con tiempo? Si desapareció ayer, lo mejor es empezar a buscarla ya mismo...

¿Cómo que no desapareció? ¿No le dije que no está? Mire, agente, si no se sabe dónde está, es porque desapareció...

Yo no estoy nerviosa, agente. Estoy preocupada, que no es lo mismo. No dormí en toda la noche, me la pasé levantada. Los sábados tengo el día libre a partir del mediodía. Lucía y yo comemos juntas y después me voy a la casa de mi hermana. A la noche vuelvo a dormir, a eso de las diez, diez y media, más o menos, y nos vemos otra vez. Casi siempre la encuentro leyendo en la cocina, pero apenas llego yo, deja el libro y se pone a charlar conmigo. Ayer llegué más temprano...

Porque me peleé con mi hermana, por eso. Nos llevamos bien, pero cada tanto discutimos un poco. Y ayer, qué quiere que le diga, me puso más nerviosa que otras veces. Mi hermana es una mujer de muy buen corazón, pero habla demasiado. No le gusta escuchar. Ella habla y somos los demás los que tenemos que poner la oreja para que la *señora* tenga quien la escuche. Y bueno, a veces me cansa. Y ayer me cansé, por eso me fui más temprano. La dejé con la palabra en la boca, como quien dice...

Y... serían las siete, siete y media; no sé, más o menos. Me acuerdo de que en la televisión estaban dando ese programa horrible que dan los sábados. ¿Cómo se llama...? Ese de cumbias, con unos cantantes que vaya a saber de dónde los sacan y con esas chicas que bailan mostrando el traste. Disculpémé, pero es así. No sé si alguna vez las habrá visto. Están casi desnudas, dele moverse mientras los cantantes se desgañitan ante el micrófono. A mi hermana le gusta esa porquería, qué le vamos a hacer. Igual, mucha atención no le presta porque no para de hablar. Digamos que usa el programa como música de fondo. ¡Qué música, madre mía! En fin... Bueno, como le decía, estaban dando ese programa y mi hermana me estaba contando algo de la peluquera de la esquina, nada importante, un chisme de barrio, y cuando yo quise meter un bocadillo –porque más no me deja– me hizo callar porque anunciaban al último cantante del programa. Y ahora que lo pienso, tendrían que ser las siete o siete y media, porque el programa termina a las ocho y si era

el último cantante, bueno, qué sé yo, serían las ocho menos cuarto, más o menos. La cuestión es que me fui. Mi hermana terminó con mi paciencia. Fue la última gota del vaso, qué quiere que le diga. Habla ella sola y cuando voy a abrir la boca para decir algo, me hace callar para escuchar lo que dicen en la televisión. No; es insoportable. Me levanté y me fui...

Ya le dije, agente. Cuando llegué, estaba Benito trabajando en el sótano. Yo empecé a llamar a Lucía en voz alta, por si estaba arriba y no me oía. Después cada vez más fuerte, de habitación en habitación, y nada. Volví a la cocina y al ratito lo vi a Benito que se iba. Entonces llamé por teléfono a la panadería de Aída y Osvaldo, que son los tíos de Lucía, y además amigos míos, y ellos tampoco sabían nada. Me preparé unos mates y traté de calmarme, pensando que a lo mejor Lucía había salido a hacer algún mandado. Aunque sé perfectamente que los sábados nunca sale; y esto también ya se lo dije, agente. Puede salir a la mañana, mientras estoy yo, a comprar alguna cosita para la escuela, pero nada más...

No, agente. Si le digo que mientras yo no estoy en la casa, ella no sale, póngale la firma que es así. Lucía no es como las chicas de ahora. Es distinta. Es una chica de pueblo. De Tapalqué. Y le repito que no tiene novio. Estoy segura. A mí me cuenta todo, por eso sé la historia de la madre, que es bastante terrible. Está bien que la mayor parte la sé por Aída y Osvaldo, que son amigos míos desde hace muchos años y nos tenemos una confianza ciega. Osvaldo es hermano del papá de Lucía. Bueno, era,

porque el pobre hombre murió, el papá de Lucía, digo. Un hombre maravilloso, pero con una suerte de perros. Mire que morirse tan joven... Y tan mal, porque estuvo postrado más de dos años. Y la mujer, la madre de Lucía, una sinvergüenza. No hace falta que le dé detalles, se los puede imaginar usted. Una sola cosa le voy a decir, mire la vida que estaría llevando esa mujer después de la muerte del marido –y antes, porque la cosa viene de lejos– que Aída y Osvaldo se fueron a Tapalqué, decididos a traerse a esa pobre chica para darle un hogar como la gente. ¿Qué ejemplo tenía con esa madre que nunca se había ocupado de ella y, ahora, peor, porque con el marido muerto andaba hecha una loca desatada con cuanto hombre se le cruzaba en el camino? Imaginesé, de fiesta en fiesta, volviendo borracha a la madrugada, con hombres...

Sí, sí, le sigo contando los hechos, cómo no. Bueno, puse el mate y traté de tranquilizarme, aunque mucho no me tranquilicé, para qué le voy a mentir. Llamé otra vez a Aída y Osvaldo y me puse peor. Me daba siempre ocupado. Mire que insistí, pero no había caso. Lo que pasa es que los sábados tienen muchos pedidos en la panadería. Ya sabe cómo son estas cosas, la gente ahora acostumbra a pedir comida por teléfono, y Aída y Osvaldo tienen de todo, no vaya a creer que solamente hacen pan... Bueno, no sé cuántas veces llamé y nada. Al final se me ocurrió llamar a mi hermana. ¿Vio que a veces pasan estas cosas? Uno se enoja con alguien y piensa que no le va a volver a hablar en varios días, pero después pasa algo grave y uno

se olvida del enojo y acude a esa persona. Claro que, después de todo, esa persona es mi hermana y yo sé muy bien que puedo contar con ella para cualquier emergencia. Entonces la llamé y le conté rápido lo que estaba pasando para que no me interrumpiera. Menos mal que se me ocurrió hablar con ella, porque me dijo algo inteligente: "¿Por qué no lo llamás a Dieguito al celular?". Mi hermana está en todo, como verá. A mí esto del celular se me escapa bastante. No estoy acostumbrada, pero ella, que mira tanta televisión, hasta se compró uno y hay que ver cómo lo usa. Claro, como la cuenta no la paga ella, qué le importa. Se la paga el hijo. Un pan de Dios, mi sobrino. Bueno, como le decía, llamé a Dieguito...

Ah, sí, me olvidaba, perdón. Diego es el hijo de Aída y Osvaldo. Y estudia con Lucía. Van los dos a la nocturna. Viera lo bien que le va a Dieguito en la escuela desde que empezó a estudiar con la prima. Ella es muy estudiosa y se le puso entre ceja y ceja sacar al primo adelante. No sabe lo contentos que están Aída y Osvaldo. Dieguito era un vago terrible. Los pobres padres ya no sabían en qué colegio meterlo. Menos mal que ahora le va a las mil maravillas. Bueno, como le decía, lo llamé al celular, y qué le cuento que tampoco pude hablar. Hablar con él, quiero decir, porque hablar, hablé, pero con el contestador. Le dejé un mensaje...

Sí, cómo no me voy a acordar. Dije que llamaba para saber algo de Lucía, por si se había comunicado con él. Que no la había encontrado en la casa y que yo estaba muy preocupada...

No, no me llamó. Vaya a saber dónde andará ese chico. Con los amigos, seguramente. Imagínese, sábado a la noche...

No, a la casa no volvió. Esta mañana, apenas amaneció, la llamé a Aída otra vez y me dijo que Diego todavía no había vuelto. Los chicos de ahora hacen así, se mandan a mudar y aparecen al otro día cuando la mesa está servida, qué se le va a hacer...

Sí, agente, yo entiendo lo que usted me dice, pero le repito que Lucía es diferente. No es una chica que se vaya así porque sí. Ya se lo dije. Está desaparecida...

¿Cómo que se escapó? ¿Qué me dice, agente? ¿Por qué se iba a escapar...? Nunca vivió tan bien como ahora...

¿El nombre de mi patrón? Se llama Nicanor Buitrago. Un señor, con mayúsculas, para que sepa. Es la persona más decente y más buena que conozco...

¿A qué hora llegó? Y... yo todavía estaba tomando mate; está bien que puse varias pavas en el fuego y cambié la yerba como veinte veces. El mate es una compañía, ¿vivo? A ver... me acuerdo que ya le había dejado el mensaje a Diego... Y, alrededor de las diez, diez y media... No sé, más o menos... El pobre señor me vio tan mal, que se desvivió por tranquilizarme, me dijo que seguramente en cualquier momento íbamos a tener buenas noticias, y que a lo mejor Lucía había salido por alguna emergencia y no pudo avisar. El pobre señor trató de calmarme, pero yo estaba cada vez peor. Quiso convencerme de que comiera algo y me fuera a dormir y me dijo que si alguien me llamaba por teléfono, me iba a avisar. Pero yo, nada. Me quedé en la

cocina hasta la madrugada, y él, haciéndome compañía y tratando de calmarme. Un ángel, ese hombre. Al final, hubo un momento en que el sueño me venció y, bueno, le di el gusto y subí a mi habitación. Tenía razón el señor Buitrago, no hice más que acostarme y me dormí como un tronco. Pero un rato, nomás, porque después me desperté sobresaltada. Tuve una pesadilla horrible. Soñé que Benito estaba trabajando en el sótano y golpeaba las paredes con una maza enorme. Me desperté gritando. Era tan real el sueño... Son los nervios, que siguen trabajando hasta cuando dormimos, qué se le va a hacer. La cuestión es que no pude volver a dormirme y bajé a la cocina otra vez...

**TERCERA PARTE**

**DIEGO Y LEO**

Sábado a la noche; más exactamente, madrugada del domingo. Diego y Leo hablan en la vereda, frente a la casa de Leo, en Azara y Magallanes. Leo no deja de bostezar, se rasca la cabeza. Diego le pone las manos sobre los hombros, lo mira a los ojos, obliga a su amigo a que le devuelva la mirada sincera.

—Dale, Leo, tenés que ayudarme. Es la primera vez que te pido un favor, dale.

—¿Vos querés que mi viejo me mate, loco?

—Tu viejo no se va a enterar. ¿Quién le va a contar? Es entre vos y yo, nada más, dale.

—¿Y si el dueño se levanta y nos agarra *in fraganti*?

—No pasa nada, Leo. El tipo duerme arriba. Las ventanas de los dormitorios dan para el lado de Quinquela, y la puerta del jardín y la del sótano para Herrera. Por más que esté despierto, si vamos con cuidado, no tiene por qué enterarse.

—Sí, ¿pero si está levantado y anda por la casa?

—Nos fijamos si hay alguna luz prendida y esperamos hasta que todo esté oscuro.

—¿Y si aparece la cana? Yo no puedo ir preso otra vez, Diego. Tengo un laburo, loco, volví al colegio, ando bien con mis viejos... En mi casa me matan, loco, me matan si caigo de nuevo en cana... Además, nadie sabe que todavía tengo las ganzúas.

—Y nadie lo va a saber, chabón, dale. Vos abrís, nada más. Después te vas. Yo entro solo. Dale, hacelo por mi prima, no por mí. ¿No era que te gustaba Lucía? Si no, dame las ganzúas y pruebo yo...

—No, loco, hay que saber usarlas. Además... te llega a agarrar la cana con las ganzúas y no te salva nadie.

—No importa, me arriesgo.

—Ay, el héroe. ¿De qué te las das, ahora...? Te voy a matar, Diego. Me sacás de la cama para esto... Yo, que estaba soñando con los angelitos, loco.

—Dale, Leo... A mi prima le tiene que estar pasando algo jodido. No tengo la menor idea de lo que vio en ese sótano, pero me parece que ahí está la clave de todo.

—“La clave de todo.” Ja, ja. ¿Qué te pasa, loco? ¿Te dedicás a las películas de misterio, ahora?

—Hablo en serio, Leo. ¿No escuchaste el mensaje que me dejó? ¿Y el mensaje de Dora...? ¿Adónde se va a ir mi prima, me querés decir?

—¿No se habrá ido a Tapalqué?

—Es el último lugar al que se iría, con la vieja de mierda que tiene...

—Está bien, está bien, loco, basta. Vamos y abro yo, pero no entro, ¿eh?

—No necesito que entres. Lo único que te pido es que abras. Después te vas.

—Sí, claro, me voy y te dejo solo con el coso ese... el fantasma Benito. Mirá si piensa que sos un chorro y se te tira encima... Vos me conocés y sabés que no te voy a dejar, loco.

—Benito trabaja de día, salame. ¿Qué te creés que va a estar haciendo ahora, en el sótano?

—¿Y Dora...?

—Duerme como un tronco. No la despierta ni un terremoto. Pero si por casualidad se despierta y nos oye, no pasa nada. Le contamos la verdad y listo. Escuchame bien, Leo —siguió Diego, agarrando a su amigo por los brazos—: no quiero que entres, ¿entendiste? Entro solo, ya te lo dije. Vos abrís y te vas, cruzás la plaza y te quedás en la parada de algún colectivo; si te necesito, te mando un mensaje por el celular.

—¿Qué colectivo?

—Qué sé yo, cualquiera, chabón, el que más te guste.



Ni un alma en la calle. Diego y Leo llegaron a la plaza Larrea y cruzaron hacia Herrera. La casa era antigua y se notaba que estaba reciclada, pero con buen gusto, conservando el estilo. Se acercaron tranquilos, como si fuera su propia casa. No había luz en las ventanas. Leo llevaba el manojito de llaves en la mano. Miró la cerradura y, en segundos, apenas, ubicó la ganzúa que abriría la verja de hierro.

-Guarda, que hace ruido -lo atajó Diego antes de que la abriera.

-¿A papito? Ja, ja.

La puerta se abrió, dejando oír apenas un chirrido suave, un rasguño metálico y seco.

Los chicos atravesaron el jardín, como sombras. La única luz era la que provenía de la calle. Sin hablar, Diego señaló una puerta de metal, algo más pequeña que una puerta común, sobre la que se descolgaba una enredadera.

—¿Y...? ¿La encontraste?

—Pará un cacho. No me hablés que me pongo nervioso.

—¿Querés que te ayude?

—Sí, correte que me tapás la luz.

—A buscar la llave, digo...

—Qué sabés de llaves vos, loco...

Leo probó una, dos llaves. Nada. Probó la tercera...

—Quiero hacer algo, Leo, estoy nervioso...

—Hacé silencio, loco... Listo. Ya está. Ahora rajo a la parada del... ¿Qué colectivo era?

—Cualquiera, ya te dije, dale. Si te necesito, te mando un mensaje.

Diego abrió la puerta del todo y en ese mismo momento fue consciente de la primera dificultad.

—Ni una puta linterna se me ocurrió traer...

La luz de la calle le permitió vislumbrar una especie de túnel que se abría hacia abajo, todo oscuridad, y un tramo de escalera que se sumergía en la profundidad de la cueva. Diego dejó la puerta abierta y empezó a bajar, ayudándose con ambas manos: una, contra la pared; la otra, sobre la baranda. Un escalón, dos escalones, tres, cuatro, cinco. Perdió la cuenta. Su intención era contar hasta el final, concentrarse en los escalones, uno a uno, para no pensar que se estaba metiendo en

una casa donde no había sido invitado. Uno, dos, tres, cuatro, cinco y basta. ¿Cómo confundirse habiendo llegado nada más que hasta cinco? Tal vez el simple hecho de haber habituado sus ojos a la oscuridad fue la causa de que perdiera la cuenta. Ahora veía, poquísimos, pero lo suficiente como para concentrarse en su entorno y olvidarse de los escalones. Siguió bajando, sin quitar las manos de la pared ni de la baranda, pero viendo un poco más cada vez. La escasa luz de la calle servía para algo. Aún no veía formas nítidas, sino bultos diferenciados. Algunos, en el suelo. Otros, contra las paredes. Además, empezó a formarse una idea, más o menos cabal, de las dimensiones del sótano. Era amplio; quizás abarcara la superficie de toda la casa. Ya estaba llegando al final de la escalera, cuando se le ocurrió pensar en la llave de la luz. Seguramente había una al lado de la puerta. Lamentó no haberlo pensado antes. Aunque quizás era mejor así, en la oscuridad... ¿Mejor, qué?, se preguntó. Si ni siquiera sabía qué estaba buscando... Caminó unos pasos con los brazos extendidos, y ya estaba por subir la escalera en busca de la llave de luz, cuando chocó con algo. Se agachó y tardó unos segundos en comprender lo que había visto o, mejor dicho, había notado.

—Lucía... ¿Sos vos, Lucía? ¿Qué te pasó...?

Ni un murmullo de respuesta. Nada. Diego apoyó su oído en el pecho de su prima y oyó latir su corazón. Luego le tocó la cara y sus dedos palparon un trozo de cinta plástica que le cubría la boca. Entonces sacó su celular del bolsillo y le envió un mensaje a Leo.

### III

Leo miraba, o parecía mirar, un colectivo que se alejaba por Herrera. Las manos en los bolsillos, rozando el celular con un dedo. De repente, el celular vibró. Diego. Un mensaje: "Vení". Por costumbre, miró la hora: las tres y veinte.

Un auto pasó junto a él y su primer pensamiento fue dónde ocultarse. Pero no, ¿por qué? Si no estoy haciendo nada malo, se tranquilizó. Atravesó la plaza casi corriendo y cruzó hacia la casa.

Esta vez, solo tuvo que empujar la puerta del jardín, que había quedado apenas entornada. La otra, la del sótano, estaba abierta por completo. Se asomó a la escalera.

–Diego... –murmuró.

–Bajá. Agarrate de la baranda.

Leo bajó, obedeciendo a su amigo como un niño a su padre. Igual que él, se acostumbró a la oscuridad y reconoció formas, figuras.

–¿Qué pasa, loco...? ¿Qué...?

–Ayúdame a subirla, tenemos que llevarla al hospital.

–Dejame a mí, loco. Vos andá a buscar un taxi.

Diego se fue y Leo cargó a Lucía sobre un hombro y empezó a subir la escalera. Tanto entrenamiento en el gimnasio al fin le servía para algo. La casa seguía a oscuras y en silencio. ¿Habría alguien? En la esquina, parado junto a un taxi, Diego le hacía señas.

#### IV

–Es mi prima. La encontramos así. Lo único que hice fue sacarle un poco la cinta de la boca. No se la saqué del todo porque tenía miedo de arrancarle la piel...

–Está bien. De eso nos ocupamos nosotros. Lo que quiero que entiendas es que tenemos que avisar a la policía. Acá hubo secuestro...

–Sí, ya lo sé. Fue el tipo que trabaja en la casa. Benito se llama.

–Bueno, eso lo van a hablar con la policía. Quédense acá. Yo voy a ver a tu prima.

–¿Qué tiene que no se despierta?

-Cuando lo averigüemos, te digo.

La guardia del Hospital Argerich estaba bastante concurrida, y solo la atendían dos médicos y una enfermera, pero apenas los dos chicos entraron con Lucía -en los brazos de Leo, sin haber recuperado el conocimiento y con la cinta plástica cubriéndole casi media cara- aparecieron médicos y enfermeras como si hubieran brotado de las paredes.

-¿Y ahora qué hacemos, loco?

-Esperar, qué querés que hagamos. Vamos a ver qué dice el médico.

-¿Y la cana...?

-¿Qué hay con la cana, chabón? Nosotros no hicimos nada, quedate tranquilo.

-Sí, pero cuando nos pregunten cómo entramos a la casa, ¿qué les decimos?

-Que la puerta estaba abierta, hermano. Te imaginás que no vamos a decir que abrimos con una ganzúa.

-¿Y nos van a creer?

-Pará, vamos a ponernos de acuerdo. Mi prima me dejó un mensaje. ¿Cierto?

-Cierto.

-Lo tengo guardado, es una prueba. Yo te fui a buscar para que me acompañaras a ver qué pasaba en el sótano, que también es cierto. Fuimos a la casa: cierto. Estaba todo oscuro. No había nadie.

-Cierto.

-Probamos abrir la puerta del jardín y estaba abierta.

-No es cierto, pero podría ser... ¿O no?

-No sé, ¿a vos qué te parece?

-Qué sé yo, loco. Ma sí, estaba abierta y listo. Dale, seguí.

-Entramos. Fuimos hasta la puerta del sótano y...

-También estaba abierta. Todo el mundo se encierra con veinte llaves y rejas y los cosos estos dejan todo abierto.

-¿Qué cosos...?

-La gente de la casa, loco, ¿de qué estamos hablando?

-Me perdí, chabón, ¿en qué estábamos?

-En la parte en que encontramos la puerta del sótano abierta.

-Ah, sí, bueno. Sin explicaciones. Bajamos y ahí estaba mi prima. La sacamos y vinimos al hospital. Listo.

-Está bien, loco, pero, por las dudas, ¿por qué no llamás a tu viejo?

-Uy, mi viejo. Me había olvidado, chabón. Lo llamo ya.

—¿Quién es Benito? —preguntó el inspector de policía.

—Es un albañil al que siempre llamo cuando necesito hacer alguna reforma en mi casa o en la galería de arte en la que trabajo. Benito hace de todo; además de albañil, es plomero, carpintero, es una persona muy habilidosa y de mucha confianza. Es un hombre honrado —dijo Nicanor Buitrago—. No puedo creer que haya hecho algo así. No entiendo.

—Bueno, veremos qué nos dice él cuando lo encontremos —dijo el inspector—. Usted y los tíos de la menor se van a quedar un rato

más, por favor. Necesitamos hacerles algunas preguntas. Los demás se pueden ir.

Dora, Diego y Leo salieron de la comisaría. Como si se hubieran puesto de acuerdo, al llegar a la esquina se detuvieron los tres al mismo tiempo.

-Yo sabía que le había pasado algo. Pobre Lucía. Y el policía estúpido diciendo que se había escapado. Ay, chicos, si no fuera por ustedes, no sé qué habría pasado. Ese Benito está loco. A mí nunca me gustó. ¿De dónde lo habrá sacado el señor Buitrago? -dijo Dora.

-Esto no tiene sentido... ¿Qué hacía mi prima en el sótano...?

-A lo mejor no estaba en el sótano, loco. El coso ese la pudo haber atacado en la casa y después la bajó para esconderla.

-Igual, no tiene sentido.

-Yo me voy al hospital. No la voy a dejar sola a Lucía.

-No, Dora, vamos nosotros -dijo Diego-. Vos andá a dormir. No dormiste en toda la noche.

-Está bien. Me tiro un ratito y después voy. No se vayan hasta que llegue yo.

Dora siguió caminando por Montes de Oca, y Diego y Leo fueron a tomar el 22.

-No sabés, loco, el miedo que tuve. Pensé que me dejaban otra vez adentro.

-¿Por qué, salame? Si no hiciste nada.

-Mirá si me revisaban...

-¿Pero no entendés que no sos un sospechoso...? ¿Por qué te iban a revisar? ¿Y qué te iban a encontrar, a ver...?

-Me preocupaban las llaves...

-¿Las ganzúas, chabón? ¿Andás con las ganzúas encima...?

-¿Y dónde las iba a dejar, loco? Si no volví a mi casa...

-Uy, me quiero morir... Mirá si te agarraban con las ganzúas...

-¿Y qué te estoy diciendo, loco? Empecé a respirar cuando salimos de la comisaría. Nos quedábamos un rato más y me tenían que sacar en camilla.

-Mirá, hacé una cosa, hermano. Bajate ahora, andá a tu casa y guardá las ganzúas. Yo me quedo en el hospital hasta que llegue Dora y después paso por tu casa. Dale, andá.

-¿Estás seguro? ¿No querés que te acompañe?

-Estoy más tranquilo si guardás las llaves. En el hospital hay canas por todas partes, dale, andá.

## VI

La enfermera le dijo que no había que molestarla. ¿Y quién la iba a molestar? Él quería acompañarla, nada más. Sentarse en una silla, al lado de la cama y esperar a que se despertara. ¿Por qué no se despertaba? Había que tener paciencia, dijo la enfermera, y fe. Él hubiera preferido algo más concreto que la fe, un diagnóstico, una explicación, pero seguramente para eso sería necesario un médico. Y ahora no había ninguno.

-En una hora viene el médico de sala a hacer la recorrida. Quédete tranquilo. Tu prima está en observación. Si se despierta, andá a buscarme a la enfermería. Allá, ¿ves?, al final del pasillo.



Diego se acercó a la cama y buscó en su prima algunas señales que le permitieran corroborar que seguía con vida. Debajo de la sábana, su pecho subía y bajaba lentamente. Por lo menos respira, pensó. Recordó la escena de una película en que, ante la duda de si la protagonista había muerto o no, le colocaban un espejito delante de la nariz. Recordó la expresión de alivio en la cara de la persona que había hecho la comprobación, al ver que el espejo se empañaba, pero no pudo precisar quién era el actor que representaba ese papel. Tampoco recordó el nombre de la actriz protagonista a quien habían creído muerta ni el nombre de la película. Pero Lucía respiraba y se notaba, no hacía falta acercarle un espejo a la nariz.

Le tocó una mano: estaba tibia. Alrededor de la boca y en las mejillas, la piel se veía roja. Diego se alegró de no haberle arrancado la cinta de un tirón, como fue su primer impulso al pensar que le impedía respirar. Le podría haber despellejado la cara, pensó.

Se sentó en la silla, se acomodó contra el respaldo y estiró las piernas. Cerró los ojos y trató de recuperar algunas imágenes de la película de la chica con el espejito en la nariz. Si había recordado esa escena, podía recordar otras. Había un muchacho, también, y un tipo grande. El que le acercaba el espejito era el grande. El otro andaba en auto, sí, ahora lo recordaba bien, iba por la ruta y la chica hacía dedo. ¿Cómo se llamaba la película...? La silla era incómoda, pero él estaba tan cansado. Si no había dormido en toda la noche... Juntó las manos detrás de la nuca, se deslizó un poco más y se quedó dormido.

Soñó que manejaba un auto rojo. Iba por la ruta y era de noche. A los costados, campo, algunos árboles. Un cielo lleno de estrellas. De repente, ve a una chica tirada en medio de la ruta. Frena, baja del auto, se acerca, la chica murmura algo, no le entiende. "¿Qué decís?", dice él, en voz alta. Y al decirlo, se despierta. Entonces ve a su prima. No es la chica de la ruta; es Lucía en la cama del hospital. Se acerca a su cara. Le clava los ojos. Un leve movimiento de las pestañas le llama la atención. ¿Antes las movía? Le parece que no. No, seguro que no. ¿Estaría soñando? Alguna vez leyó, vaya a saber dónde, que cuando soñamos, movemos los ojos debajo de los párpados cerrados.

-Lucía... Soy yo, Diego...

Las pestañas volvieron a agitarse; poco, pero se notó bien. Mirando los párpados con atención, se percibía un leve temblor.

-¿Me oís, Lucía? Soy Diego...

Ahora a Diego le pareció que Lucía movía los labios. Pero fue tan ínfimo el movimiento que no pudo más que dudar. ¿Le habría parecido o los movió de verdad? ¿Y si dijo algo...? ¿Si dijo algo antes, cuando él dormía como un reverendo boludo?

-Lucía... Soy Diego, ¿me oís?

Ahora, sí, movió los labios.

-¿Quieres decirme algo...?

Una palabra dijo. Una sola, apenas. Una palabra dicha en un susurro. Pero fue suficiente. Él la entendió. Después, nada más.

## VII

—¿Qué, Dora ya llegó? No durmió nada, entonces.

—Dijo que no pudo pegar un ojo. Que se quiere quedar con Lucía, así que me fui. Tenemos que hacer algo, chabón.

—Lo que quieras, hermano. Pero primero pasá y comé un poco. Nosotros ya comimos; mi vieja está lavando los platos. Te caliento los fideos que sobraron, dale.

—No, ahora no. Tenemos que volver a la casa.

—¿A la casa? ¿Para qué?

—Ahí pasa algo, ¿entendés? En el sótano. Me lo dijo Lucía. "Sótano", dijo. Eso solo. Dormida lo dijo. Tenemos que ir, chabón.

—¿Por qué no le pedís permiso al dueño y entrás como corresponde?

—Porque no quiero que sepa nada. Qué querés que le diga, ¿que me deje revisar el sótano de su casa? ¿Para qué? Ni yo lo sé. No, hermano, mejor entro solo. Lo único que te pido es que abras otra vez.

—¡La ganzúa de nuevo! Me estás jodiendo, loco. Y en pleno día. Antes, al menos, estaba oscuro. ¿Qué hacemos si está el trompa en la casa?

—Primero llamo por teléfono. Si me contesta, le digo cualquier verdura. Si no contesta es porque no está, entonces vamos. Pero quedate tranquilo, seguro que no está. Debe haber ido a comer a algún lado. ¿Vos creés que este tipo se va a meter en la cocina para prepararse el almuerzo? ¿Un domingo...? Si Dora no le da de comer, come afuera.

—Te voy a matar, loco. Vos sabés que yo, a vos, te ayudo en lo que venga. Y también sabés que por tu prima me meto de cabeza, ¿pero qué pasa si la cana nos agarra entrando a la casa?

—No va a pasar nada, chabón. Hacemos lo mismo que antes: vos abrís y te vas a la parada de algún colectivo. Si te necesito, te llamo o te mando un mensaje por el celular. Dale, vamos.

## VIII

No encendió la luz. ¿Para qué correr riesgos? Por más que no hubiera nadie en la casa, siempre era mejor tomar precauciones. Seguro que no había nadie, pero igual, por las dudas. El teléfono había sonado un rato largo y nada. El tipo se había ido a comer. A no ser que todavía estuviera en la comisaría contestando preguntas sobre Benito. Y ahora Diego tenía una linterna. El que pensó en la linterna fue Leo. Menos mal; se acordó a último momento, cuando ya se iban. "La linterna, loco", le había dicho. "Mi viejo tiene una, esperá que ya vuelvo." Y se metió volando en la casa y salió enseguida con la linterna

en la mano. La escalera era bastante empinada. Por las dudas, cerró la puerta. No fuera cosa que alguien viera la puerta abierta y llamara a la policía. Con los vecinos nunca se sabía. ¿Por qué Lucía había nombrado el sótano? La única palabra que dijo: "sótano". Y el sótano tenía que ver con Benito. ¿Y por qué no dijo "Benito"? ¿Dónde estaría Benito ahora?

El sótano tenía recovecos: columnas, rincones, vigas, huecos, sombras. Y con la luz de la linterna, peor todavía. Por una mínima ventana cercana al techo se colaba una luz escasa y sucia que acentuaba el aspecto siniestro del lugar. No todo el espacio había sido utilizado como bodega, eso se notaba. Había paredes libres. Un *freezer* grande y viejo parecía encajado entre una columna y una pared sin revocar; detrás del *freezer* sobresalían unos rollos de plástico. Diego paseó la luz por la pared sin revoque y pensó que seguramente allí estaría la cañería que Benito había estado arreglando. En el piso, junto a la pared, había una bolsa de cemento, ladrillos, una caja de herramientas. De pronto, se acordó. La puerta del ascensor. ¿Dónde estaba? Iluminó hacia el fondo, caminó unos pasos y la vio. Una columna gruesa se interponía entre la puerta y la escalera. La puerta del ascensor no se veía desde la entrada del sótano ni al bajar la escalera: la tapaba la columna.

Diego se acercó y tuvo la sensación de que el sótano se estrechaba; crecían las sombras a medida que se aproximaba al ascensor. Enfocó con la linterna hacia los costados y comprobó que el ascensor estaba al

final de un pasillo. Espió por la mirilla de la puerta plegadiza y solo una densa oscuridad y un leve olor a humedad llegaron hasta sus ojos y su nariz. El ascensor no estaba. Entonces oyó el ruido.

Un chirrido rápido, seco, cortante. Una vez y otra. Abrir y cerrar. La puerta tijera del ascensor. Enseguida otro ruido, pero diferente: un golpe, un temblor. El ascensor estaba en marcha. Bajaba desde el primer piso. Imposible que fuera desde la planta baja: se habría escuchado más fuerte. Diego retrocedió, iluminando a su alrededor con desesperación. La luz llegó al *freezer*. Los rollos de plástico se apoyaban contra la pared de atrás. Había un espacio entre el *freezer* y la pared. Corrió hacia allí. El ascensor se acercaba. Estaba en la planta baja. Un sonido brusco, duro, rápido le anunció que pasaba de la planta baja al sótano. Diego apagó la linterna. Pensó en su celular y lo tanteó en el bolsillo. ¿Y si alguien lo llamaba justo en ese momento? También lo apagó. Estaba a centímetros del *freezer*. Lo tocó. Fue deslizándolo la mano por su superficie hasta llegar a los rollos de plástico. Tocó la pared del fondo. Era poco el espacio libre para esconderse, pero suficiente para su cuerpo flaco y esmirriado. Menos mal que vine yo y no Leo, se le ocurrió pensar. La puerta tijera del ascensor se abrió con un ruido áspero y un golpe. Después la otra puerta, más suave. Las puertas no se cerraron. Se encendió una luz. Diego se encogió todo lo que pudo. Trató de no respirar. Oyó claramente unos pasos que se acercaban. Tembló. No me puede haber visto, no me puede haber visto, se repitió,

apretando los dientes. Los pasos se detuvieron. Una sombra se proyectó sobre él. Algo se apoyó contra los rollos de plástico. La tapa del *freezer*. El tipo había abierto el *freezer*. Algo estaba metiendo. Lo oía. Metía cosas. ¿Qué podía ser? ¿Carne, pollo, pescado? ¿Qué se guarda en un *freezer*? Oía golpes secos de una cosa contra otra. Guardaba, amontonaba. En eso, la sombra protectora se fue y él se sintió descubierto. El tipo cerraba el *freezer*. Volvió a morder, diente contra diente, hasta que le dolieron las mandíbulas. Oyó el ruido de la tapa del *freezer* al cerrarse. Enseguida, los pasos que se alejaban. Aflojó la presión sobre sus dientes y desapareció el dolor de las mandíbulas. Quiso respirar profundo, pero no se animó. Mejor esperar. Oscuridad, otra vez. El golpe sordo de la puerta corrediza. El chirrido de la puerta tijera. El arranque tembloroso del ascensor. El golpe seco al detenerse en la planta baja. El chirrido de la puerta tijera al abrirse... Diego empezó a moverse, se puso de pie, respiró hondo, hondo. Siguió escuchando, quieto, atento a los ruidos de la casa, pero ningún sonido llegó hasta él. Entonces encendió la linterna. Hizo un recorrido rápido con la luz por las paredes, sin saber por qué, como si esperara ver a alguien agazapado en algún rincón. Después iluminó el *freezer*. Trató de imaginarse al señor Buitrago guardando paquetes de carne y no lo consiguió. ¿Quién podía ser, si no era él? Dora estaba en el hospital. ¿Benito? ¿Se escondería en la casa...? ¿Qué sentido tenía que Benito guardara carne o cualquier otra cosa en el *freezer* del sótano? De un tirón, levantó la tapa.

Carne. El dueño de casa o quien fuera había llenado el *freezer* de carne. Grandes trozos envueltos en plástico. Diego tocó uno de los envoltorios. La carne no estaba congelada. Había pollos, también. Los tocó. Tampoco estaban congelados. ¿El tipo salió de la comisaría y fue a comprar provisiones? ¿Un domingo? ¿No era Dora la que hacía las compras? Diego siguió toqueteando aquí y allá hasta que sus dedos rozaron algo duro. Uno de los envoltorios estaba congelado. Apartó unos paquetes. Tocó. El envoltorio era grande. Siguió apartando pollos y trozos de carne, hasta despejar una amplia superficie. Siguió tanteando hacia los costados y comprobó que el envoltorio congelado ocupaba todo el fondo del *freezer*. Al parecer, estaba envuelto en varias capas de plástico. La carne y los pollos se veían claramente debajo del plástico que los envolvía, pero esto... ¿Qué era? Entonces creyó reconocer una forma, un relieve... Pero no. No era posible. Su imaginación lo estaba engañando. Trató de apartar más trozos de carne y pollos, mientras se repetía: estás loco, Diego, estás loco, ¿qué buscás? Y tan ensimismado estaba, que no oyó el ruido del ascensor. Sí reparó en el chirrido de la puerta tijera al abrirse. Pero fue demasiado tarde.

## IX

Cuando uno espera, el tiempo se estira como un chicle. En la parada de colectivo Leo se movía, inquieto. Caminaba unos pasos hacia un lado, se paraba abruptamente, giraba y caminaba hacia el otro. Cada tanto le echaba una mirada a su celular para corroborar que seguía encendido. Nada. Ni un mensaje. ¿Qué estaría haciendo Diego en ese sótano? Había empezado a refrescar, y él, en remera. ¿Cómo no se dio cuenta de agarrar un buzo, una campera? Lo único que faltaba era que se largara a llover. Se quedó unos segundos mirando el cielo, tratando de adivinar si llovería o no, cuando lo sorprendió una frenada.

El 100. "¿Sube?", le preguntó un tipo que salió de la nada. Basta, se dijo, dio media vuelta y caminó hacia el centro de la plaza. Se sentó en un banco, mirando hacia la casa y algo le llamó la atención: un médico, o al menos eso parecía por el guardapolvo blanco y el maletín, daba la vuelta por Quinquela. ¿De dónde había salido? Leo corrió hacia la esquina por donde el hombre había desaparecido y alcanzó a verlo cuando subía a un auto, unos metros más adelante. ¿Habría salido de la casa? ¿Qué hacía un médico en la casa? ¿El patrón estaría enfermo? No, no puede ser, se dijo, si Diego llamó un rato largo por teléfono y nadie le contestó. El auto arrancó y Leo se quedó mirando cómo se iba, hasta que lo perdió de vista. ¿Y ahora qué hago?, se preguntó. Ma sí, yo llamo y listo. Sacó su celular del bolsillo y marcó. No, de no creer, viejo. El boludo lo tiene apagado. Si me dijo que cualquier cosa, me mandaba un mensaje. ¿Cómo lo va a apagar?

Leo se quedó parado en la esquina contemplando la casa, tratando de descubrir cuál sería su siguiente paso. Al fin, guardó el celular y con la otra mano tanteó las ganzúas que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón. Miró hacia un lado y hacia otro. Nadie en la calle; a lo mejor porque había refrescado. Estaba lindo el día, pero apenas bajaba un poco la temperatura y la gente ya no salía. Si su viejo lo viera... O algún amigo que le fuera con el cuento. Mejor apurarse. Leo volvió a mirar a los costados y cruzó la calle.

## X

Con la puerta del jardín no tuvo ningún problema. Con la del sótano, algo pasaba. No había caso, no la podía abrir. La llave hacía juego, pero la puerta no se abría. Parecía como si la hubieran cerrado por dentro con un pasador. ¿Pero quién? Diego, imposible. ¿Para qué?

Leo intentó otra vez con el celular. Nada. Seguía apagado. ¿Y ahora qué hago?, dijo entre dientes. Tengo que entrar, no hay otra. Con las ganzúas en la mano, fue hacia la puerta principal. "Estuve en el sótano. Bajé en el ascensor", recordó, textual, el mensaje de Lucía en el teléfono de Diego. Lo único que tengo que hacer es buscar el ascensor

y bajar, pensó, tratando de tranquilizarse, y rogar que nadie me vea entrando en la casa.

Leo probó una llave y otra con precisión de cerrajero. ¿Un minuto? Menos, quizás. La cerradura cedió y un suspiro largo y profundo ensanchó su pecho, a la vez que un temblor le recorría la espalda. Ya estaba adentro. Cerró la puerta suavemente, como si temiera despertar a alguien. Hacía mucho que no entraba en una casa de ese modo. Nunca más después de salir de la cárcel. Se había jurado que nunca, pero nunca más. Y estaba seguro de que iba a mantener la promesa por el resto de su vida. Pero entonces, ¿qué hacés acá, loco?, se dijo. Y quiso salir corriendo y tirar las ganzúas en una alcantarilla y nunca nunca más volver a meterse en una casa ajena. Pero, pará, loco -reflexionó a continuación- si no viniste a robar. ¿Qué estás pensando, salame? Es por Diego que estás acá. Diego, tu amigo, tu hermano. ¿Cómo no vas a ayudar a un hermano? Leo cerró los ojos un segundo y vio la cara de Diego y, enseguida, la de Lucía. Lucía atada y amordazada en el sótano, él levantándola del piso y cargándola al hombro para subir la escalera. Lucía en la cama del hospital. Y Diego, otra vez. ¿Cuál sería la puerta del ascensor?

Seguramente era esa que se veía ahí, justo enfrente de la puerta de entrada. Una puerta de madera labrada, igual a esa otra de la izquierda, que estaba entreabierta y dejaba ver parte de un escritorio y una biblioteca. Sí, igual, pero con una mirilla enrejada a la altura de los ojos. Leo fue derecho a la puerta y la abrió. Y después, la puerta tijera. Y después apretó el botón; el último.

## XI

El ruido del ascensor lo ponía nervioso. Menos mal que el viaje era corto. Leo abrió la puerta tijera y, enseguida, la otra, que no era de madera, como la de arriba, sino de metal y plegadiza. Enseguida buscó la llave de la luz. Tenía que haber una por ahí nomás, cerca del ascensor. Sí, ahí estaba, a su izquierda.

El sótano era bastante amplio, más de lo que le había parecido antes, cuando bajó a buscar a Lucía. Había muchos recovecos, columnas. Llamó a Diego en voz baja, varias veces. Nada, ninguna respuesta. Se paró a escuchar, por las dudas, por si acaso le llegaba algún sonido, cualquiera, un suspiro,



un murmullo, cualquier cosa. Nada. Siguió caminando, buscando detrás de las columnas, en cada rincón. Una pila de ladrillos le llamó la atención. Una bolsa de cemento, baldes, cucharas, una montañita de arena. ¿Qué estaría haciendo el chabón de la joroba? Dora había dicho que tenía que arreglar un caño. Y también que había hecho una bodega, recordó. Recorrió con la mirada todas las paredes. Los estantes con botellas de vino ocupaban solo una. Miró hacia arriba: a un costado del ascensor, en el techo, se veía una tapa cuadrada de madera. Había listones y estantes apilados en el piso. Seguramente pensarían ampliar la bodega. Una de las paredes estaba sin revocar. Leo se acercó y tocó la mezcla entre los ladrillos. Todavía está fresca; ahí debe estar el caño que arregló el coso ese, dedujo. Diego, Diego, Diego, murmuró más para sí mismo que llamando a su amigo. Entonces vio el *freezer*.

¿Un *freezer* en el sótano? A lo mejor no tienen lugar en la cocina, pensó. Se acercó. Vio los rollos de plástico que estaban detrás y se dio cuenta de que había un hueco entre el *freezer* y la pared. Miró, por las dudas. Había espacio suficiente para que alguien se metiera ahí; o lo metieran. Ya no sabía qué pensar. ¿Y si Benito estaba en la casa y lo sorprendió a Diego en el sótano y...? ¿Pero dónde estaba Benito, ahora? ¿Y Diego? Voy a terminar en el manicomio, murmuró. Pero antes tengo que encontrar a Diego, como sea. Volvió a recorrer todo el sótano con la mirada. Fue hacia la pila de ladrillos y empezó a quitar los de más arriba. Inútil. No había más que ladrillos. Hizo lo mismo con las

maderas: quitó, movió, corrió. Solo maderas. Siguió mirando, a un lado y a otro y...

De un salto llegó hasta el *freezer* y levantó la tapa.

¿Para qué querrán tanta carne? Ni que vivieran a mil kilómetros de la carnicería. Esta gente no sabe qué hacer con la guita, loco. Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete pollos, contó Leo. Medio cordero. Un costillar entero... Qué bárbaro, y abajo hay más, se fijó, levantando el costillar. Un *freezer* lleno de carne. Ja, podrían repartir un poco, viejo.

De golpe, Leo volvió a la realidad. ¿Qué estoy haciendo?, se preguntó. En vez de buscar a mi amigo, me pongo a curiosear el *freezer* de un rico... Diego, Diego, ¿dónde estás?

Bajó la tapa del *freezer* y corrió hacia el ascensor. Se detuvo un instante, miró por

última vez el sótano de una punta a la otra y apagó la luz. Subió al ascensor y apretó el botón del medio.

Otra vez, el ruido lo puso nervioso. El ascensor subió un piso. Leo bajó, dispuesto a encontrar a su amigo aunque tuviera que dar vuelta la casa. Empezó por la biblioteca. Revisó hasta en los armarios. Siguió por el living y el comedor, después pasó a la cocina y subió a las habitaciones de Dora y Lucía. Bajó y volvió al comedor. Nada. Entonces subió la escalera.

Una alfombra roja con arabescos cubría un amplio pasillo. A la derecha, dos puertas cerradas. A la izquierda, otra, de madera labrada igual a la de abajo, con la mirilla: la puerta del ascensor. Al fondo, un cortinado oscuro y pesado. Leo sintió un escalofrío. ¿Y si estaba Benito oculto detrás de la cortina? Qué persecuta, madre mía, suspiró. De un salto y tres zancadas llegó hasta el cortinado y lo corrió de un manotazo. Sí, estoy de remate, confirmó. Detrás de la cortina solo había una ventana que daba al jardín. Retrocedió hasta el comienzo del pasillo y eligió la primera puerta.

Un dormitorio. Algo de luz entraba por las rendijas de una celosía. Leo miró la llave de la luz, pero no la encendió. Abrió las puertas del placard y vio ropa de mujer. Miró debajo de la cama, abrió la puerta del baño y se quedó parado delante de la cortina de la bañera, sin animarse a descorrerla. Todas las escenas de películas policiales con cadáveres en la bañera le vinieron a la memoria en ese instante. Qué manera de pensar pavadas, se dijo, sonriendo, nervioso y, de un tirón, descorrió la cortina. Nada, desde luego.

Quedaba una puerta: otra habitación; la del dueño tenía que ser, porque en la otra no había ropa de hombre. Se ve que dormían en habitaciones separadas. ¿Para qué vivían juntos, entonces? ¿Quién entiende a la gente? ¿Será la guita que los vuelve así? ¿Cada uno por su lado, pero viviendo en la misma casa? ¿Sería para guardar las apariencias, como decía su vieja? La habitación estaba totalmente oscura. Leo tanteó la pared y encontró la llave de la luz. La encendió. Una cortina marrón, larga hasta el piso, tapaba la ventana por completo. Había bastante desorden: la cama sin hacer, una valija abierta y vacía sobre una mesa, las puertas del placard a medio cerrar... Leo las abrió del todo; sí, solo había ropa de hombre, confirmó. Miró debajo de la cama y detrás de un silloncito, en un rincón. Corrió un poco la cortina: detrás de la marrón había otra, blanca. Las hojas de vidrio estaban cerradas y la celosía también. Fue al baño. Otra cortina, pero esta vez, ninguna imagen terrorífica se le cruzó por la mente. La descorrió, y entonces, sí, una imagen lo horrorizó, pero no provenía de ninguna película, sino de la mera realidad.

### XIII

Sentada en una silla, con las manos cruzadas sobre el estómago y la boca abierta, Dora dormía y roncaba. Cada tanto, Lucía se agitaba y murmuraba algo que los ronquidos de Dora amortiguaban. La sala del hospital no era muy grande y solo tres camas estaban ocupadas. Alrededor de la de Lucía, e incluyendo la silla de Dora, habían desplegado un biombo de tela blanca que las separaba del resto.

Lucía se quejó un poco más, y en mitad del quejido pareció formarse en su boca una palabra. Pero Dora dormía y roncaba, de modo que no hubo oídos para descifrar la palabra. "Sótano", parecía decir. Y luego: "En

el sótano". Clarito lo dijo: "En el sótano". Y Dora, dormida. "En el sótano", volvió a repetir, y esta vez, sí, alguien la escuchó. Un médico de anteojos redondos y barbita de chivo, que hacía su ronda, pasó junto al biombo en ese momento, justo cuando Lucía murmuraba. Entonces se asomó y se quedó mirándola, a la espera, aparentemente, de que volviera a hablar. Pero Lucía no habló. El médico observó a Dora y la dejó dormir. Se acercó más a la cama, le tomó el pulso a Lucía, apoyó una mano en su frente, volvió a mirar a Dora, se llevó una mano al bolsillo y estuvo a punto de sacar algo, pero lo detuvo un ruido. El médico espió a través del biombo, rodeó rápidamente la cama y se escabulló por el otro extremo.

Otro médico y una enfermera se acercaron a Lucía. Esta vez, sí, Dora se despertó. Sobresaltada, se puso de pie y saludó con un "buenas tardes" entremezclado con un bostezo.

—¿Y, cómo va la niña? —dijo el médico, tomando el brazo de Lucía—. ¿Dijo algo?

—Nada, doctor, nada.

—Bueno, bueno... Ahora vamos a hacerle otro análisis de sangre. Más tarde va a venir el neurólogo y tendremos una opinión más.

—¿Seguro que no dijo nada, madrecita? —preguntó la enfermera—. Me pareció que te habías quedado dormida...

—Unos minutos, nada más. Y si hubiera dicho algo, la habría escuchado; tengo el sueño más liviano que una pluma...

## XIV

Leo sacó a Diego de la bañadera y lo cargó al hombro. Este es mi día, pensó. ¿Qué carajo pasa en esta casa, loco? Rápidamente, pero con mucho cuidado, acostó a Diego en la cama, le quitó la cinta que le tapaba la boca y comprobó que respiraba. Corrió al baño y volvió con una toalla empapada, que retorció sobre la cara de su amigo. Otro viaje al baño, y lo mismo. Después vio un florero sobre la cómoda y voló a llenarlo de agua. Tres veces lo hizo, y a medida que volcaba el agua sobre la cara de Diego, también le daba cachetazos y gritaba su nombre, hasta que al fin su amigo abrió los ojos.

—Hermano, ¿qué pasó? Háblame, por favor... —dijo, mientras trataba de desatar las sogas que le sujetaban las muñecas y los tobillos.

Pero Diego no hablaba, solo abría y cerraba los ojos, como si intentara comprender algo. Entonces Leo corrió otra vez al baño y volvió con una tijera. Finalmente pudo liberar a su amigo.

—¿Y, viejo, podés hablar...?

—El sótano... El sótano... —logró decir, apenas.

—Sí, ahí te busqué, y como no te encontré vine para acá. ¿Me querés decir qué te pasó...?

—Leo, Leo... —repitió Diego, con la voz pastosa.

—Bueno, mirá, loco, vamos a hacer una cosa: cuando puedas hablar bien, me vas a contar qué pasó. Ahora salgamos de esta casa de mierda, porque lo único que falta es que venga alguien y nos agarre acá adentro.

Y sin esperar respuesta, levantó a Diego de la cama y trató de ponerlo de pie. Imposible. Su amigo parecía un flan. Entonces, viendo que no había otra posibilidad, lo levantó en el aire y lo cargó sobre el hombro.

—Menos mal que sos chiquito, que si no...

Bajar por el ascensor fue fácil, pero salir a la calle iba a ser otra cosa. No podía salir con Diego cargado al hombro. ¿Qué iba a decir si alguien le preguntaba qué le había pasado? "Mi amigo se desmayó, lo llevo al hospital." ¿Y si no se lo tragaban? ¿Y si pensaban que lo estaba secuestrando o algo por el estilo? Seguro que llamaban a la cana. ¿Y él qué decía? ¿Que lo había encontrado atado y amordazado adentro de la casa? "¿De quién es la casa, señor?" "Y yo qué sé..." "Bueno,

entonces me tiene que acompañar a la comisaría." Chau. Listo. Otra vez en cana. No. En cana, nunca más. Se lo había prometido a la vieja. Y al viejo. Y, más que nada, a sí mismo. ¿Entonces qué hago con este chabón?

—Dale, loco, tenés que caminar.

Lo ayudó a pararse, pero Diego se iba de costado.

—Dale, yo te sostengo. A ver, probemos.

Pasó un brazo de Diego por su hombro y él le rodeó la cintura con el suyo. Despacio, lo hizo dar una vuelta tambaleante por el living.

—Muy bien, ahora, a cualquiera que me pregunte qué te pasó, le digo que te agarraste una mamúa de aquellas y que te estoy llevando a tu casa.

Leo abrió la puerta y salieron al jardín. Echó un vistazo a la calle y a la plaza: no había nadie. Menos mal que el barrio es tranquilo, pensó. Una vez en la vereda, se sintió más seguro. Diego solo daba uno que otro paso; era más lo que se dejaba arrastrar que otra cosa. Pero al parecer, el aire fresco de la calle lo despejó un poco, porque empezó a mover la cabeza y el brazo que tenía libre, como si intentara decirle algo.

—¿Qué pasa, loco? ¿Podés hablar?

—Eeel... sótano...

—No me digas que querés volver al sótano. Ni mamado vuelvo a esa casa, hermano.

—Eeel... ti... tipo...

—¿Qué tipo...? ¿El Benito ese?

—Be... Beni... to...

—Si lo agarro al infeliz ese, lo acogoto, te juro.

—Lu... Lucía...

—Lucía sigue en el hospital. Ahora está Dora con ella. A ver, pará un poco... —Leo ayudó a Diego a sentarse en el cordón de la vereda y se sentó junto a él—. ¿Qué querés decirme, hermano?

Pero no hubo caso. Diego se desplomó hacia un costado, y por más que Leo intentó hacerlo reaccionar a fuerza de sacudones y sopapos, no lo consiguió. Desesperado, volvió a cargarlo y fue en busca de un taxi.

—¡Rápido! ¡Al Argerich!

## XV

Después de extraerle sangre, el médico y la enfermera se fueron de la sala. Dora volvió a quedarse sola con Lucía, que parecía dormir tranquila. Si por lo menos tuviera una revista, pensó. Apenas llegue alguien voy a aprovechar para ir hasta el puesto de diarios. Con ese pensamiento, volvió a sentarse en la silla, y apenas lo hizo, un bostezo le abrió la boca enorme y redonda. Miró a Lucía, le tocó la frente, estiró un poco la sábana y volvió a bostezar. Dos minutos más tarde, ya estaba dormida otra vez.

Al primer ronquido, el médico de anteojos redondos y barbita de chivo asomó la cabeza

entre los paneles del biombo. Sin apartar la mirada de Dora, fue acercándose lentamente hasta la cama. Lucía movió los párpados; fue un movimiento leve, apenas un pestañear, nada más, pero suficiente para que el médico lo advirtiera. Luego despegó los labios y enseguida volvió a juntarlos. Una vez más el mismo movimiento, y otra, pero ahora con mayor celeridad, como si quisiera hablar. Sí, como si quisiera hablar y el cuerpo le respondiera, los labios, la lengua, los dientes, como si su cuerpo empezara, de a poco, a recibir órdenes, las órdenes de su cerebro dormido que ya daba muestras de querer despertarse.

–La cara, la cara de... –dijo, con los ojos aún cerrados.

El médico llevó una mano hacia el bolsillo de su delantal, sin apartar la mirada de Lucía, que seguía moviendo los labios, ahora sin emitir más que una especie de gemido.

–¿Usted es el neurólogo? –se oyó la voz de Dora, entre sorprendida y adormilada.

–Ehh... No, todavía no vino –dijo el médico, girando apenas la cabeza, sin apartarse de la cama.

Lucía entreabrió los ojos.

–¿Le van a hacer otro análisis? –preguntó Dora.

–Sí, uno más. Le voy a sacar un poco de sangre –respondió el médico, siempre de espaldas a Dora.

–Pobrecita. ¿Hasta cuándo la van a seguir pinchando?

–Una vez más y basta –dijo él, mientras sacaba la jeringa del bolsillo de su delantal.

En ese momento, Lucía abrió los ojos. Parpadeó varias veces y, al fin, fijó la vista en el médico.

–El... sótano... –dijo.

Dora se paró de un salto y prácticamente se arrojó sobre Lucía.

–Habló, doctor, habló... Lucía, decime algo. ¿Estás bien? ¿Qué te duele? ¿Qué te pasó?

–Se corre, por favor... Saco la muestra y me voy –dijo el médico, tratando de apartar a Dora.

–Sí, sí, perdón, doctor. Voy a buscar a la enfermera, me dijo que le avisara si Lucía decía algo.

–No se preocupe. Yo le aviso –dijo el médico, mientras buscaba la vena en el brazo de Lucía.

Pero antes de que pudiera clavar la aguja, lo interrumpieron unos gritos demasiado estridentes para una sala de hospital.

–Le digo que no se puede entrar. No es horario de visitas...

–¡No me importa! ¡Yo entro igual!

El médico guardó la jeringa en el bolsillo, dijo "ahora vuelvo" y se fue en dirección contraria a los gritos; no había terminado de dar vuelta a la cama, cuando el biombo se tambaleó y apareció Leo, apenas sujeto del brazo por una enfermera furiosa.

–Lo traje a Diego, Dora, estaba desmayado... –dijo, dejando la frase a medias.

Algo en el médico de la barbita le llamó la atención, pero no supo qué. Tampoco pudo averiguarlo porque el médico parecía apurado; saludó con un movimiento de cabeza y se fue.



## XVI

—¿Cómo está mi hijo, doctor? ¿Qué le pasó?

—No se preocupe, señora. Está bien. Le inyectaron una droga para hacerlo dormir unas cuantas horas. La misma que le dieron a su sobrina.

—¿Quién les hizo eso, por Dios...?

—Bueno, la policía se está ocupando. Yo no puedo decirle nada más porque no sé. Lo único que le digo es que se quede tranquila, que tanto su hijo como su sobrina están bien.

—¿La chica está en condiciones de responder algunas preguntas, doctor?

–Sí, sí. Está un poco cansada, pero es normal.

–A ver, jovencita. Cuente qué le pasó.

–Bueno... Yo... bajé al sótano porque me confundí... Me metí en el ascensor con las cortinas, que son pesadas, por eso no bajé por la escalera... Y apreté el botón del sótano... Yo no sabía que el ascensor llegaba hasta ahí... Y... cuando abrí la puerta... Ahí estaba Benito...

–Según me informaron, Benito es el hombre que hace los arreglos de la casa.

–Sí. El señor Buitrago lo conoce... Estaba en el sótano, me miró muy serio. Yo lo saludé, pero él no me contestó. Quise irme, pero se me cayeron las cortinas y creo que tropecé con algo cuando traté de levantarlas porque casi me voy al suelo de nariz. Y después... No sé, no me acuerdo.

–¿No se acuerda de nada?

–No. Es muy raro... Es como un sueño. Cuanto uno más lo piensa, más se escapa.

–A ver, repítame cómo encontró a su amigo.

–Estaba atado y amordazado adentro de una bañera.

–Sí, está bien. Eso lo entendí. Lo que no entiendo es qué hacían ustedes en esa casa y cómo entraron.

–Diego quería averiguar qué había pasado con Lucía. Ella vio algo en el sótano y a él se le ocurrió ir a investigar. Yo lo acompañé, pero me quedé esperando afuera, y como tardaba mucho, fui a ver qué pasaba.

–¿Cómo hicieron para entrar a la casa?

–Como la primera vez, cuando encontramos a Lucía: por la puerta del sótano. Estaba abierta.

–Usted es la persona que más conoce al señor Buitrago, ¿no es cierto?

–Sí, señor, hace más de diez años que trabajo en su casa.

–¿Y qué opinión le merece?

–Es una persona excelente. Un hombre maravilloso.

–¿Qué me puede decir de Benito?

–Ese es el culpable de todo. No sé qué están esperando para meterlo preso.

En salas diferentes, Diego y Lucía dormían. Dora, Leo y los padres de Diego esperaban en el pasillo al médico de guardia.

–Está todo bien –dijo el médico, después de su recorrida por las salas–. Mañana les damos el alta a los dos. No hace falta que se queden. Pueden irse a descansar.

**CUARTA PARTE**

**NO HAY DOS SIN TRES**

**O LA TERCERA ES LA VENCIDA**

Leo salió del Argerich y decidió ir a su casa caminando. Quería tomar un poco de aire y pensar. En el hospital no lo necesitaban. Aunque les dijeron que no hacía falta, Dora y los padres de Diego igual se quedaron. ¿Qué iba a hacer él ahí, también? Mejor caminar un rato. ¿Qué estaba pasando, loco? Primero Lucía, ahora Diego. ¿Qué quería el Benito ese? ¿Matarlos, quería? ¿Por qué? Por suerte los dos estaban a salvo, pero... No, las cosas no cerraban. Algo había en el sótano. Algo vieron los dos, por eso el coso ese casi los mata. ¿Qué habrán visto...?

Leo caminó por Martín García y llegó a Montes de Oca, dobló a la izquierda y siguió hasta Suárez. Volvió a doblar, esta vez a la derecha, y caminó hasta Herrera. Al llegar a la plaza, se paró junto al monumento de Larrea y se quedó unos segundos mirando la casa: las luces estaban apagadas. Cruzó y caminó despacio por la vereda; pegado a la pared de ladrillos del jardín, dobló por Quinquela, llegó hasta la casa vecina, retrocedió y se paró ante la verja de hierro. Había oído algo. ¿O le pareció? Prestó atención y, otra vez, sí, no había duda. Era un sonido ahogado, amortiguado por la distancia, pero certero, rotundo: un golpe de maza. Miró a su alrededor, por si alguien se acercaba, pero no vio a nadie. Aguzó el oído: más golpes. A una distancia de unos tres metros de donde él se encontraba, estaba la puerta del sótano. ¿Qué hacía Benito en el sótano de la casa, cuando toda la policía de Buenos Aires lo estaba buscando? Todos lo buscaban; el dueño de casa, también. Se lo había dicho Dora: "El señor Buitrago está buscando a Benito por su cuenta; él mismo quiere meterlo preso". Y el tipo, en la casa. Claro, qué mejor escondite. ¿A quién se le iba a ocurrir buscarlo ahí? Pero... ¿qué hacía en el sótano?

Como si ya fuera una costumbre, Leo llevó la mano hacia el bolsillo trasero de su pantalón y palpó la ganzúa. Es la última vez, loco, la última. Cuando se aclare todo, las tiro a la mierda. Como antes, la verja del jardín se abrió con toda facilidad. Leo avanzó hacia la puerta del sótano, pero se detuvo en seco. Imposible entrar por ahí sin que el tipo lo viera. No quedaba otra más que

la puerta principal. ¿Y después? El ascensor, ni hablar, con ese ruido... Entonces se acordó: la tapa de madera que vio en el techo del sótano. Tenía que encontrarla; seguramente estaba en el piso del comedor. O en la biblioteca. Recordaba que en el sótano la había visto no lejos del ascensor. Decidido, se dirigió hacia la puerta principal. Desde el sótano llegaban los mazazos de Benito. ¿Qué hacía el chabón?

## II

Sin mirar hacia atrás ni a los costados (total, ya estaba metido hasta el pescuezo), Leo entró en la casa. Después de cerrar la puerta, se quedó parado, inmóvil, tratando de habituarse a la oscuridad. Algo de luz se filtraba desde la calle por los vidrios biselados de la parte superior de la puerta y por la celosía apenas abierta de una de las ventanas. Leo se quedó escuchando. Ningún sonido llegaba hasta él, aparte de los golpes del sótano. Se acercó a la escalera y subió unos escalones; nada, ni un mínimo rumor. Tampoco se veía ninguna luz. Evidentemente no había nadie. Nadie más que Benito. Siguió, concentrado

en la casa y con todos sus sentidos alerta, en una situación por demás conocida para él, aunque no quería ni siquiera recordarlo. Pero estaba ahí otra vez, en una casa ajena, a la que había entrado con su ganzúa, solo, pero diferente. Ahora, diferente. No había entrado a robar. Estaba ahí por una buena causa. Buena, sí, pero mejor que nadie lo viera porque seguro que terminaba en cana otra vez. Basta de pensar en eso, se ordenó. Vamos, Leo, rápido. Hay que llegar al sótano sin que el coso ese se avive.

De rodillas en el piso del *hall* de entrada, lo recorrió íntegro palpando la madera con precisión, cada juntura, los bordes del zócalo, toda la superficie cercana al ascensor. Luego hizo lo mismo en la biblioteca y después en el living comedor. Levantó una alfombra, corrió dos sillones, volvió a intentar en las cercanías del ascensor, pero no encontró nada. Se concentró en la tapa del sótano, tal como la había visto allá abajo; calculó su posición en relación con el ascensor y llegó a la conclusión de que tenía que estar por allí, en ese sector: entre el ascensor y la escalera. Estaba seguro. Su sentido de la ubicación jamás lo había defraudado. Por tercera vez, recorrió de rodillas y con la cara pegada al piso el mismo espacio del *hall* de entrada junto al ascensor y la escalera. Por tercera vez, se convenció de que en ese piso de madera reluciente no había absolutamente nada que pudiera hacer pensar en una tapa. Entonces reparó en el armario.

En el espacio que quedaba debajo del primer tramo de escalera había una pequeña puerta disimulada, un panel de madera pintado de blanco con una cerradura

dorada y una llavecita. La abrió. Era uno de esos armarios que se construyen debajo de las escaleras para aprovechar el espacio. No había gran cosa, solo unas pilas de diarios y revistas que Leo sacó rápidamente. Luego, siguiendo el mismo procedimiento de antes, palpó el piso detenidamente. Y sí. Ahí estaba la tapa. Un simple cuadrado de madera de unos cincuenta o sesenta centímetros de lado, con una manijita redonda de metal. Acostado en el piso, tiró de la manija y empezó a levantar la tapa. Apenas la levantó, una franja de luz llegó hasta sus ojos. El ruido se oía más fuerte, pero no veía a Benito, ni siquiera veía la pared o lo que fuera que estaba golpeando. Levantó la tapa un poco más. Ahí estaba el *freezer* con la tapa abierta y los envoltorios de carne y pollo que había visto antes, amontonados en el piso. ¿Qué sentido tenía todo eso? Volvió a levantar la tapa, apenas unos centímetros más, y vio al tipo, de espaldas y agachado, junto a una pared rota. Manipulaba algo en el piso, se movía hacia un costado y hacia el otro. De repente, se enderezó con dificultad, como si intentara levantar algo muy pesado. Efectivamente, Leo notó que abrazaba un paquete casi de su misma altura; algo envuelto en plástico que el tipo empujó contra la pared, mejor dicho, contra el hueco que se veía en la pared. El envoltorio entraba justo; el tipo terminó de acomodarlo con unos golpes de pala y se detuvo a mirar si había quedado bien. Leo creyó comprender, pero quiso estar seguro. Entonces levantó un poco más la tapa y ese fue su gran error: la madera crujió con una especie de lamento y el tipo

se dio vuelta antes de que Leo atinara a bajar la tapa y salir corriendo. Es que ya era demasiado tarde. El tipo lo estaba apuntando con una pistola. Y no era Benito.

### III

Cuando el señor Buitrago le apuntó, Leo se quedó paralizado. Tal vez habría podido escapar, bajar la tapa de un golpe y huir hacia la puerta principal. Pero no lo hizo; se quedó inmóvil, mirando al hombre que lo amenazaba con una pistola. Y el hombre supo enseñada que su presa no tenía escapatoria; ya era tarde, si no lo había hecho antes, ya no escaparía. No le quedaba más remedio que obedecer y bajar, tal como se lo ordenó a punta de pistola. De un salto, Leo bajó al sótano.

—¿Qué hacés en mi casa? ¿Cómo entraste?

—Vine para saber qué pasaba...

—¿Y ahora lo sabés?



–No, no sé nada...

–¿Seguro? ¿No estabas espiando? ¿Qué viste?

–Nada, no vi nada...

–No te creo. Decime qué viste.

Leo no pudo evitar que su mirada se dirigiera hacia la pared donde estaba el envoltorio. Fue un movimiento casi imperceptible, pero el hombre lo advirtió.

–Así que no sabés nada... Claro.

Sin dejar de apuntar, el hombre se pasó el dorso de la otra mano por la frente y tomó aire. Se veía cansado.

–Pensándolo bien... –dijo, mientras lo miraba con curiosidad–, creo que podés darme una mano. ¿Sabés algo de albañilería?

–Sí –dijo Leo, que por un momento pensó que el tipo lo estaba cargando.

–Entonces me vas a ayudar a terminar esa pared –y señaló con la cabeza hacia el boquete donde estaba el envoltorio–. Me duele la cintura, ¿sabés? Trabajo mucho.

Leo no se movió del lugar, solo miraba el envoltorio. Ahora no tenía dudas de lo que veía. El señor Buitrago levantó más la pistola y le apuntó a la cabeza.

–Es una orden –dijo–. Y tenés que apurarte. Dale, empezó a poner ladrillos. La mezcla ya está lista.

Tres pasos y llegó hasta el boquete. No podía dejar de mirar el envoltorio de plástico transparente.

–¿Te da miedo? Mejor. Empezá a poner los ladrillos así no la ves más.

Estaba congelada. Quién sabe cuánto tiempo estuvo en el freezer... Y él no la había visto... ¿Sería su esposa...?

–Más vale que te apures. Empezá de una vez.

–¿Y después, qué pasa? –preguntó Leo, mirando al tipo de frente.

–¿Después? Nada, qué va a pasar.

–Conmigo. ¿Me va a dejar ir?

–Vos trabajá y después hablamos –y volvió a apuntarle directo a la cabeza.

Él sabía perfectamente lo que le esperaba una vez que terminara de poner los ladrillos. Pero había que ganar tiempo. Si se negaba, era peor: el tipo lo liquidaba de una vez y se lo sacaba del medio. Había que ganar tiempo como fuera. Empezó a colocar los ladrillos.

–Ja, la hizo bien, ¿eh? Todo el mundo buscando a Benito y resulta que el malo era el señor de la casa –dijo, sin mirarlo.

–Cerrá la boca y trabajá.

–Trabajo con las manos. Puedo hablar igual.

–¿Ah, sí? Bueno, hablemos si querés, pero más vale que te apures, a no ser que prefieras que te apure yo.

–¿Qué quería hacer con Lucía?

–No es asunto tuyo.

–Me va a matar igual, así que por lo menos cuéntemé.

–Me caés bien. Tenés sentido del humor. De acuerdo. Te cuento. Lucía se metió donde no debía. Iba a sacarla del medio, pero dos infelices se me adelantaron y tuve que cambiar los planes.

–Sí, Diego y yo somos dos infelices. No tengo la menor duda.

–Tan infelices que tuvieron que volver. ¿Te das cuenta? Me obligan a hacer cosas que no quiero hacer.

–Claro. A su mujer no quiso matarla, pero alguien lo obligó, ¿no?

–Ah, sos inteligente, ¿eh? Sí, alguien me obligó. O mejor dicho, *algo*. Su fortuna.

–¿Y cómo piensa salir de todo esto?

–Eso es cosa mía. Vos seguí con los ladrillos.

–¿No tiene miedo de que Diego y Lucía se acuerden de lo que pasó y lo denuncien?

–Diego no me vio y a Lucía la atacó Benito, aunque pensándolo bien, no estaría nada mal que esta noche algún médico del hospital les diera una inyección incorrecta y...

Entonces se dio cuenta: el médico que estaba junto a Lucía cuando él apareció en la sala era el mismo que había visto doblar la esquina y subir al auto cuando esperaba a Diego...

–¿Y por qué no los mató de entrada? ¿No era más fácil sacárselos de encima de una vez? –dijo, para ganar tiempo.

–Vos y tu amigo me complicaron las cosas. Si no se hubieran metido en el medio, Lucía habría muerto en un accidente de tránsito, camino a Tapalqué.

Leo se estremeció; un escalofrío le recorrió la espalda, a lo largo de la columna. La imagen de Lucía tirada y atropellada en una ruta pasó por su cabeza como la luz de un flash. El tipo estaba loco. De repente sintió que sus manos se paralizaban. Las miró, movió los dedos lentamente; ¿qué estaba haciendo? ¿Ayudando a emparedar un cadáver?

–No hay tiempo para que te pongas a meditar. Seguí, ¿o querés que...?

Lo interrumpió un portazo. Alguien había entrado en la casa.

–No te muevas, y ni se te ocurra hablar.

Sin dejar de apuntarle con la pistola, el hombre se acercó al ascensor y prestó atención. En ese momento, el hueco del techo por donde había entrado Leo se iluminó. Alguien había encendido la luz en el *hall* de entrada. Buitrago lo advirtió y se sobresaltó.

–Señor Buitrago... ¿Está en casa? –se oyó la voz de Dora.

Leo no apartaba la mirada de los ojos del hombre ni de la mano que sostenía la pistola. Sin embargo, a pesar del sobresalto, esa mano no tembló y esos ojos no dejaron de mirarlo a él.

–Señor Buitrago... –una sombra sobre el cuadrado de luz acompañó a la voz de Dora.

Ahora, sí, los ojos del hombre dejaron de mirar a Leo y se dirigieron hacia la sombra, un segundo apenas, lo suficiente para permitirle a Leo arrojar con todas sus fuerzas el ladrillo que tenía en la mano. Le acertó en plena cara. El tipo cayó redondo al piso y soltó la pistola. Leo saltó como un gato salvaje y la recogió. Justo en ese momento, Dora se asomaba por la abertura del techo.

–¡Ay, madre santa! ¿Qué es esto?

## IV

—"... la mujer fue identificada como Beatriz Osorio, coleccionista de obras de arte y única heredera de un industrial chileno radicado en la Argentina y muerto dos años atrás. Beatriz Osorio fue la última pareja de Nicanor Buitrago. Su cadáver, congelado y a punto de ser emparedado, fue rescatado por la policía casi una hora después de que el dueño de la casa fuera derribado de un certero ladrillazo en plena cara por Leonardo Aguilera..."

—¡Faaa...! Saliste en el diario. Sos un héroe.

—Pará, loco. Qué héroe. No sabés el miedo que tuve.

—¿Y qué te creés, que los valientes no tienen miedo? Lo que pasa es que igual van al

frente, con miedo y todo. Como vos, chabón. Mirá el ladrillazo que le encajaste al tipo, si no.

–No me refería a eso, loco. Tuve miedo con la cana, por la ganzúa. Mirá si me la encontraban. Todo el tiempo en el bolsillo la tuve.

–Uy, me había olvidado. ¿Y no te preguntaron cómo entraste a la casa?

–Claro, cómo no me iban a preguntar.

–¿Y? ¿Qué dijiste?

–Que encontré la puerta abierta, qué voy a decir.

–¿Y te creyeron?

–No sé, pero no me preguntaron más.

Leo dejó el diario sobre el mostrador y se concentró en el gran ventanal de la panadería: Dora y Lucía cruzaban la vereda.

–Ahí viene Lucía...

–Sí, la estoy viendo. A ver si te ponés las pilas y le hablás como la gente, chabón. Cuando la tenés adelante parecés un salame.

–No jodas, loco.

–¿Qué tal los valientes? –dijo Dora, entrando primero.

–Leyendo el diario –dijo Diego–. Aparece el nombre del compañero, no sé si lo vieron... –dijo, guiñando un ojo en dirección a Leo.

–Sí, ya lo vimos, pero ahora quiero ver otra cosa –dijo Dora, pasando, apurada, detrás del mostrador.

Abrió un cajón, sacó un control remoto y encendió el televisor que estaba en un rincón del local.

–El noticiero. Van a dar el informe completo.

–¿Cómo estás, Lucía? –preguntó Leo.

–Ya estoy bien, pero todavía hay cosas que no recuerdo.

–Igual que yo –dijo Diego–. Pero eso no importa; acá está Leonardo Aguilera, que no solo se acuerda de todo, sino que derrotó al enemigo y salió en el diario –concluyó, palmeando a su amigo.

–Bueno, a ver si se callan, que no me quiero perder nada –dijo Dora, mientras sacaba de una canasta un puñado de bizcochitos de grasa.

–*Buenas tardes a todos* –saludó la locutora del noticiero–. *Pedro, ¿cómo estás?* –dijo, dirigiéndose a su compañero.

–*Conmocionado, Laura, como seguramente debe estar nuestra teleaudiencia* –respondió el locutor–. *Y no es para menos...*

–*Así es. Y te estás refiriendo al caso que conmueve a toda la ciudad de Buenos Aires, y al país entero, por supuesto.*

–*Exactamente. Estamos hablando del hombre que asesinó a sus dos esposas y las emparedó en el sótano de su casa.*

–*Recordemos que la segunda mujer, Beatriz Osorio, fue encontrada a punto de ser emparedada, mientras que la primera, Alejandra Díaz Savater, fue hallada por la policía, también en el sótano, tras una pared ante la cual se había acondicionado una bodega.*

–Dios mío, y pensar que estuvimos viviendo lo más tranquilas, mientras el cadáver de la pobre señora Alejandra se pudría en la pared –dijo Dora, dirigiéndose a Lucía.

–Yo no puedo entender cómo hacía para que no sospecháramos nada. Un hombre tan educado, tan elegante, tan... –dijo Lucía.

–Tan asesino –la interrumpió Diego.

–Shh... Déjenme escuchar –pidió Dora.

–... *la policía sigue buscando intensamente al plomero que trabajaba en el sótano de la casa de Nicanor Buitrago, de nombre Benito y que, en un primer momento, se creyó responsable del ataque perpetrado contra la joven que trabajaba en la casa del coleccionista de obras de arte y, posteriormente, también contra el joven que rescató a la chica, primo de la misma* –leyó la locutora.

–*La policía aún no se ha manifestado a este respecto, pero sabemos de buena fuente que se baraja la posibilidad de que el tal Benito haya actuado como cómplice de Nicanor Buitrago, "el asesino de Barracas", como ya lo llama la gente en la calle* –completó el locutor.

–A mí, Buitrago me dijo que a Lucía la atacó Benito –señaló Leo.

–Mirá vos. Así que Benito era el cómplice –dijo Dora–. De entrada le vi cara de malviviente a ese.

–Ah, claro –dijo Diego–. Y a tu señor Buitrago no le viste cara de malviviente, ¿no?

–Para nada. Bien que nos engañó a todos. Todavía no puedo creerlo.

–¿Y si el señor Buitrago también lo mató a Benito y lo emparedó en el sótano? –se le ocurrió a Lucía.

–No, no puede ser –dijo Leo–. ¿Cómo hizo para matarlo y esconder el cadáver en tan poco tiempo?

–Sí, es cierto. Yo lo vi a Benito cuando bajé al sótano por error. Y eso fue el sábado –Lucía se quedó pen-

sando–. Qué increíble, parece que hubiera pasado un montón de tiempo y apenas pasaron tres días.

–Además, si el tipo lo hubiera emparedado, la policía lo habría encontrado, como hicieron con la primera mujer –agregó Leo.

–Y si el señor Buitrago no lo mató, entonces... ¿dónde está? ¿Qué hace la policía que hasta ahora no lo encontró? –dijo Dora.

–Es que nadie sabe nada y el señor Buitrago, que seguramente sabe dónde vive, tampoco quiere decirlo. Lo leí en el diario esta mañana –dijo Lucía.

–Oia... Cómo nos olvidamos... –dijo Diego, agarrándose la cabeza–. ¿Te acordás, Leo, de aquella tarde que no pudiste ir a la escuela y llevaste tu trabajo de Historia a la casa de Lucía para que se lo entregáramos a la profe? ¿Y te acordás que, cuando te fuiste, lo seguiste a Benito?

–Sí, loco, me había olvidado... No lo seguí, lo que pasó es que iba al taller de mi viejo y él hacía el mismo camino... Pará un cacho... Yo llegué al taller y el Cholo Pellegrini estaba en la puerta charlando con mi viejo; se estaba despidiendo y mi viejo le dijo algo, no sé, hizo algún chiste, algo referido a la pinta de Benito y a que el Cholo lo iba a seguir, porque iba en la misma dirección... Y es cierto, el Cholo lo siguió igual que yo lo había seguido antes, porque sí, porque íbamos para el mismo lado...

–¿Y vos creés que el Cholo se acordará...?

Sí, el Cholo se acordaba. Diego y Leo dejaron a Dora y a Lucía en la panadería y fueron hasta su casa. El Cholo Pellegrini era amigo del padre de Leo y vivía en La Boca, en Río Cuarto y Patricios.

—Cómo no me voy a acordar, con esa facha. Tu viejo lo vio primero que yo; estábamos charlando en la puerta del taller, cuando lo ve venir. Ya lo conocés a tu viejo, algún chiste tenía que hacer. Ahí viene Chirolita, me dijo, y yo me di vuelta y no pude aguantar la risa. Más que nada por el saco a cuadros. Igualito, che. No sabés.

—¿Quién es Chirolita? —preguntó Diego.

–Andá a saber –dijo Leo–. Alguien de la época de ellos, seguro.

–Sí, señor, y a mucha honra. Chirolita era el muñeco de un ventrílocuo y se parecía bastante al coso este. Estaba en la televisión, lo veía todo el mundo.

–¿Y hasta dónde lo seguiste a Chirolita? –preguntó Leo.

–No lo seguí a propósito, che. Íbamos para el mismo lado. Cuando llegué a mi casa, el tipo ya había cruzado a la vereda de enfrente y vi que doblaba por Hernandarias.

–Si ahí ya no hay nada, loco. ¿Adónde fue? ¿Se tiró al Riachuelo?

–Hay unos galpones, un taller que hace rato que está cerrado... Sí, prácticamente no hay nada más –concluyó el Cholo.

Hernandarias terminaba en el Riachuelo. En la cuadra que iba de Río Cuarto a Pedro de Mendoza, todo lo visible podía resumirse en una palabra: desolación. De un lado, dos galpones –o fábricas abandonadas, vaya a saber– con techo de chapas, grandes puertas metálicas y unas ventanitas altas con los vidrios rotos; después, una construcción de ladrillos que, según el Cholo, había sido un taller y ahora estaba abandonado. En la vereda de enfrente, más abandono: una casa con las puertas y ventanas tapiadas, seguramente para evitar que fuera intrusada, y un largo paredón. Nada más.

–¿Adónde iba el coso este? –dijo Leo, mirando a un lado y a otro de la calle.

–¿Vivirá en uno de los galpones?

–O en el taller. La casa, imposible. A menos que tenga una entrada por el techo.

–Sí, y cómo sube, chabón. No ves que no hay ninguna escalera.

–Era un decir, loco. Para mí que acá no vive nadie. ¿No ves que no hay nada?

–¿Tenés las ganzúas, todavía?

–¿Vos te creés que me quiero suicidar? No, loco, se las di a Alfredo, el primo de mi vieja.

–¿Qué, es chorro?

–No, boludo, es cerrajero. ¿No sabías que los cerrajeros usan ganzúas?

–Sí, sabía, chabón. No te enojés, dale.

–¿Empezamos por el taller o los galpones?

–¿Empezamos qué? Si decís que no tenés las ganzúas...

–No, loco, pero tengo orejas. Y vos, también. Si adentro hay alguien, seguro que algo escuchamos.

–Bueno. Los galpones. Vamos.

El sol de la tarde daba de lleno en los vidrios rotos de las ventanas. Lástima que estaban demasiado altas. Imposible trepar sin una escalera. Los galpones eran muy semejantes uno al otro. Diego y Leo se apoyaron, cada uno contra un portón, la oreja pegada al metal frío y despintado. Se quedaron en esa posición unos segundos, tratando de percibir cualquier sonido que proviniera del interior. Nada, aparte del silencio. Ni murmullos, ni pasos, ni suspiros.

–El taller, loco. Para mí que el coso vive en el taller.

—¿Por qué?

—Porque es más chico. Los galpones son muy grandes. Además...

Leo dejó la frase en suspenso y fue hacia la parte de atrás del taller.

—¡Vení, loco, ya me imaginaba yo! —le gritó a Diego.

Una puerta y una ventana con rejas ocupaban casi toda la pared trasera del taller. Los vidrios de la ventana estaban pintados de negro. Leo apoyaba su oreja derecha contra la puerta.

—Acá tampoco hay nadie —dijo.

—La cerradura, chabón.

—Te dije que no tengo las llaves.

—La cerradura para mirar, salame.

La puerta era vieja, de madera y estaba asegurada con un candado. El ojo de la cerradura quedaba al descubierto. Diego se agachó. Por la parte superior de la persiana metálica del frente entraba algo de luz, poca, la suficiente como para distinguir algo en el piso. Una forma, parte de un objeto, un diseño, quizás un color o varios.

—Uy, loco. Mirá, el saco de Benito. Me parece que el tipo está tirado en el piso.

—A ver, correte... Uy, sí. Hay que llamar a la cana, loco.

—La primera vez en tu vida que querés llamar a la cana...

—Así la cortamos de una vez por todas. ¿Qué hacemos, si no?

Diego llamó al 911 y simplemente dijo que había encontrado el cadáver del cómplice del asesino de

Barracas. Quince minutos después aparecieron dos patrulleros con la sirena a todo lo que daba y cuatro policías con armas largas en cada auto.

—¿Para qué tanto escándalo, si el tipo está muerto? —le dijo Leo a Diego—. Si llegaba a estar vivo se venían con un tanque.

Mientras siete policías apuntaban hacia la puerta, el octavo rompió el candado de un culatazo y la abrió de una patada. La luz del atardecer entró en el taller, iluminándolo a medias. No hizo falta más. El saco a cuadros de Benito estaba ahí, en el piso; Benito, vaya a saber dónde.

—¿Y el muerto? —preguntó el policía.



## VI

La tarea que llevó a cabo la policía a partir del hallazgo del saco de Benito fue sencilla y rápida –además de fructífera, como ya se verá, por las peculiares ramificaciones que de ella se derivaron– y contribuyó a cerrar definitivamente el caso del asesino de Barracas. Porque no solo el saco encontraron en el taller abandonado, sino también el pantalón de corderoy y la gorra, entre otras cosas. Pero lo más importante, a falta de cadáver, fueron las huellas digitales que estaban desparramadas por todas partes y que resultaron decisivas en el momento de identificar al cadáver ausente o, dicho de otro modo, al cómplice del señor Buitrago.

Dada la estratégica ubicación del taller, ningún vecino había visto jamás a Benito entrar o salir de allí. Los galpones, que supuestamente también estaban abandonados, se usaban, en realidad, para guardar mercadería robada. Los vecinos también ignoraban este asunto. Alguno llegó a declarar que alguna vez había visto un camión del que descargaban cajas, cosa que no tenía por qué resultar sospechosa para nadie. Pero este desprendimiento, por llamarlo de algún modo, de la causa principal nada tiene que ver con ella. Fue la simple casualidad la que hizo que la policía allanara los galpones en busca del cadáver desaparecido. El taller, que efectivamente estaba abandonado desde la muerte de su dueño, ocurrida cinco años atrás, pertenecía a sus herederos, un conjunto de nueve o diez personas, entre primos y sobrinos, todos de la provincia de San Luis, que ni siquiera habían iniciado los trámites de la sucesión.

Solo un niño pequeño, que vivía en una casa de inquilinato de la calle Irala, le había dicho una vez a su mamá que había visto a un hombre con joroba y saco a cuadros salir de la parte de atrás del taller. La madre, que fue quien habló con la policía, declaró que no le había hecho caso a su hijo porque era un chico muy fantasioso.

No se hallaron en el taller más prendas que las mencionadas, además de un par de zapatos viejos, un bolso de lona con herramientas, una peluca de pelo negro y alborotado y una extraña prótesis dental. A esta altura de los hallazgos, o sea inmediatamente después de haberse producido, la policía ya casi tenía confirmadas

sus sospechas. Aunque, por supuesto, aún faltaba el análisis de las huellas digitales y del ADN de un pelo blanco hallado en el interior de la peluca.

Eso sí, una vez que estuvieron los resultados, todos, absolutamente todos, dijeron: "Era obvio".

## VII

En la panadería, Diego y Leo miraban el programa de noticias de la mañana mientras esperaban la llegada de Dora y Lucía, que, desde el allanamiento de la casa de Nicanor Buitrago, estaban viviendo en el departamento de la hermana de Dora. Además, las dos quedaron en hacerse cargo de la panadería por la mañana, para que los padres de Diego se ocuparan nada más que de preparar las comidas para el *delivery* del mediodía.

Los locutores del noticiero invitaban a una pausa para volver, en minutos, con más noticias.

-De no creer, hermano.

–El tipo está más piantado que el coso ese del tango.

–¿Qué tango?

–Ese... *Ya sé que estoy piantao, piantao, yo miro a Buenos Aires...*

–La “Balada para un loco”, salame. Pero ese es un loco lindo. Este es un asesino, un enfermo mental. Cada vez que pienso que Lucía estuvo viviendo en la misma casa que él...

–Y Dora también, che. Está bien que te guste mi prima, pero no te olvides de la pobre Dora, las podría haber matado a las dos.

–Mirá, ahí vienen.

Dora y Lucía entraron a la panadería. Dora, agitada, con los anteojos de leer en la punta de la nariz y el diario abierto, fue la primera en hablar.

–¿Se enteraron? Yo no lo puedo creer...

–Lo vimos recién en la tele –dijo Leo.

–Ahora me cierra todo –dijo Lucía.

–A mí no me cierra nada, nena, qué querés que te diga.

–Shh... El noticiero –dijo Diego, señalando el televisor.

*–Como ya les adelantáramos hace unos minutos, fue resuelto el enigma de “el jorobado a cuadros”, según el apodo que se oye en la calle y con el que la gente se refiere al supuesto cómplice de Nicanor Buitrago, el asesino de Barracas, quien trascendió en estos días por el macabro hallazgo que efectuara la policía federal en el allanamiento realizado en su domicilio. Nos estamos refiriendo al hombre que asesinó y emparedó a su primera y a su segunda esposa para quedarse con sus cuantiosos bienes.*

*–Así es, Laura –continuó el locutor–. Y, para sorpresa de todos, o al menos de la mayoría, ya que la policía dice que ellos lo sospecharon desde un comienzo, el supuesto cómplice de Nicanor Buitrago, el albañil Benito, “el jorobado a cuadros”, según el apodo que le ha puesto la gente, no existe.*

*–Dicho así, Pedro, parece una broma tonta, pero no, no existe, es la verdad. La policía ha comprobado que el albañil Benito no es otro que el mismo Nicanor Buitrago.*

*–Efectivamente, Laura. El peritaje realizado en el taller abandonado que servía de guarida al supuesto cómplice prófugo demostró que las huellas digitales encontradas en el lugar eran todas de Nicanor Buitrago.*

*–Y no solo las huellas, Pedro. No nos olvidemos del ADN del pelo hallado en el interior de la peluca. Su análisis demostró que, al igual que las huellas, también pertenecía a Nicanor Buitrago.*

*–Y no debemos pasar por alto, Laura, el hecho de que antes de conocerse los resultados del peritaje, la policía ya barajaba esta posibilidad de la doble identidad del asesino, gracias a la ropa y la peluca del falso albañil, como así también a la insólita dentadura postiza, halladas en el taller de la calle Hernandarias.*

*–Y ahora cambiamos de ámbito y nos vamos a la provincia de Neuquén. Saludamos a nuestro corresponsal...*

–¿Qué es lo que ahora te cierra, Lucía? –quiso saber Leo.

–Que Benito llegara a la casa cuando el señor Buitrago no estaba. Que no hablara. Que caminara mirando el piso. Que fuera tan... exagerado. Demasiado, ¿no?

–Y nosotras, todo el tiempo con el asesino –dijo Dora.

Norma Huidobro

–Igual, a ustedes no les iba a hacer nada –dijo Diego–. Plata no les iba a sacar, así que...

–Pero nos podría haber matado para sacarnos del medio, como quiso hacer con Lucía.

–Eso fue al final, cuando vio que no le quedaba otra salida porque yo había bajado al sótano, pero antes de eso no pensaba en matarme...

–¿Cómo sabés, nena?

–Por los libros.

–¿Los libros...?

–Claro. Tiene que haber sido él el misterioso Fernández que me los mandó. ¿No se dan cuenta?

–Sí, tenés razón –dijo Leo–. Ese sábado tenía que sacarte de la casa con alguna excusa, mientras él, supuestamente, llevaba a la mujer a tomar el avión. Lo más seguro es que la haya matado la noche anterior. A la mañana, mientras vos no estabas, se fue al taller a convertirse en Benito y después volvió para trabajar tranquilo en el sótano.

–No puedo dejar de pensar que estuvimos todo el tiempo durmiendo con el asesino... –suspiró Dora.

–Epa, epa, eso no lo sabía –dijo Diego.

–Es una forma de decir, zonzo.

–Ah, bueno. Si es así, está bien. Atención –dijo Diego, señalando la puerta–, un cliente se aproxima. ¿Quién atiende?

–Yo –dijo Lucía–. Me pongo el delantal y ya estoy lista.

## Otros títulos

*El misterio de Crantock*

*La venganza de la vaca*

*Los vecinos mueren en las novelas*

Sergio Aguirre

*Veladuras*

María Teresa Andruetto

*El jamón del sánduche*

*Si tu signo no es cáncer*

Graciela Bialet

*El abogado del marciano*

*El alma al diablo*

Marcelo Birmajer

*En la línea recta*

*El bastón de plata*

Martín Blasco

*El mar y la serpiente*

*Solo tres segundos*

Paula Bombara

*Palomas son tus ojos*

Eduardo Dayan

*Los parientes impostores*

*El botín*

Laura Escudero

*¿Quién conoce a Greta Garbo?*

Norma Huidobro

*El (h)ijo la libertad*

*Lástima que estaba muerto*

Margarita Mainé

*El equipo de los sueños*

*Springfield*

Sergio S. Olguín

*Los años terribles*

Yolanda Reyes

*Los ojos del perro siberiano*

*Nunca seré un superhéroe*

Antonio Santa Ana

*El hombre de los pies-murciélagos*

Sandra Siemens

*Algo que domina el mundo*

Franco Vaccarini

## Otros títulos

*El misterio de Crantock*  
*La venganza de la vaca*  
*Los vecinos mueren en las novelas*  
Sergio Aguirre

*Veladuras*  
María Teresa Andruetto

*El jamón del ságuiche*  
*Si tu signo no es cáncer*  
Graciela Bialet

*El abogado del marciano*  
*El alma al diablo*  
Marcelo Birmajer

*En la línea recta*  
*El bastón de plata*  
Martín Blasco

*El mar y la serpiente*  
*Solo tres segundos*  
Paula Bombara

*Palomas son tus ojos*  
Eduardo Dayan

*Los parientes impostores*  
*El botín*  
Laura Escudero

*¿Quién conoce a Greta Garbo?*  
Norma Huidobro

*El (h)ijo la libertad*  
*Lástima que estaba muerto*  
Margarita Mainé

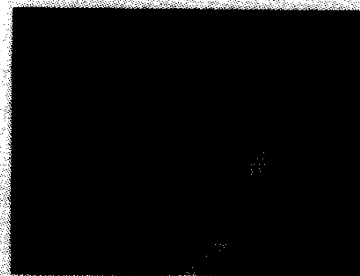
*El equipo de los sueños*  
*Springfield*  
Sergio S. Olguín

*Los años terribles*  
Yolanda Reyes

*Los ojos del perro siberiano*  
*Nunca seré un superhéroe*  
Antonio Santa Ana

*El hombre de los pies-murciélago*  
Sandra Siemens

*Algo que domina el mundo*  
Franco Vaccarini



## Norma Huidobro

# La tercera puerta

En la casa del rico dueño de una galería, dos empleadas se ven enredadas en un misterio aterrador. A través de las voces de las protagonistas, se desentrañará una oscura historia de secretos. *La tercera puerta* es una novela que desafía los prejuicios: nada ni nadie es lo que parece.

CC 28001844

ISBN 978-987-545-564-1



9 789875 455641